

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

BEIRUT: 40 GRADOS A LA SOMBRA

*Frank
Candett*





SERVICIO SECRETO



FRANK CAUDETT

**BEIRUT:
40° A LA SOMBRA**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.700

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

1.083 - Alguien voló sobre el nido de la mafia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.665 - Un crimen en mi escalera.

En Colección CALIFORNIA:

1.374 - La curva del gatillo.

En Colección KANSAS:

1.275 - Vamos... ¡Dispara! ¿Qué esperas?

En Colección BÚFALO:

788- ¡Imposible!

En Colección COLORADO:

1.312 - Oklahoma.

En Colección BISONTE:

1.056 - Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 - Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 - Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 - Odio.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

566 - «Cobrizo».

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

635 - Colt.

ISBN 84 02 02513 7
Depósito legal: B. 1.349 1983

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: marzo, 1983
2.ª edición en América: septiembre, 1983

© Frank Caudett - 1983
Texto

© Miguel García - 1983
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.6501 Barcelona - 1983

LA SITUACIÓN DE BEIRUT EN RECORTES DE PRENSA

Martes, 17 de agosto de 1982.

**ARAFAT EMPEÑA SU HONOR EN LA RETIRADA DE
LOS FEDAYINES.**

La radio libanesa anunció ayer el fin de la batalla de Beirut al tiempo que el primer ministro, Cahfic Wazzan, señalaba que la evacuación palestina puede comenzar antes del fin de semana. Habib se reunió con el Gobierno libanés para ultimar los detalles de la retirada de los fedayines.

Sábado, 21 de agosto de 1982.

**DESPUÉS DE QUE LA OLP HA CUMPLIDO LAS
ÚLTIMAS EXIGENCIAS DE BEGIN, LA EVACUACIÓN
DE LOS FEDAYINES DE BEIRUT OESTE COMIENZA
HOY.**

La evacuación del primer grupo de combatientes palestinos debe abandonar hoy Beirut, después de la llegada del contingente francés, al haber cumplido la OLP las dos exigencias formuladas por Israel para la puesta en marcha del plan Habib.

Domingo, 22 de agosto de 1982.

**HEMOS PERDIDO LA BATALLA PERO NO LA
GUERRA,** declara la OLP al abandonar la capital libanesa.

**TEL AVIV CREE QUE LA RETIRADA FAVORECE A
EE.UU. Y A EUROPA OCCIDENTAL.**

Al abandonar Beirut los palestinos que dicen haber perdido una batalla, no la guerra, preconizan la reunificación del mundo de la OLP en Damasco para proseguir la lucha armada, aunque quizá con métodos distintos. Se habla de acciones clandestinas como las emprendidas en la década de los 70. Mientras, los israelíes, creen que la retirada de los guerrilleros no sólo favorece los intereses de Tel Aviv, sino los de todo Occidente.

Lunes, 23 de agosto de 1982.

LA CRISIS DE BEIRUT EN VÍAS DE SOLUCIÓN.

ISRAEL SE OPONE A LA ESTRATEGIA DE SCHULTZ PARA EL ORIENTE MEDIO.

El gobierno conservador israelí que preside Menahem Begin está dispuesto a obstaculizar el nuevo enfoque global de la política norteamericana en Oriente Medio, que teme sea aprovechado para mejorar las relaciones de los Estados Unidos con los países árabes a expensas de los intereses de Israel.

LOS ISRAELÍES BLOQUEARON EL PUERTO DE BEIRUT.

PRIMER INCIDENTE EN LA EVACUACIÓN.

En el momento en que debía zarpar el segundo contingente de palestinos, que vía Chipre debían trasladarse a Túnez, se ha producido el primer incidente con las fuerzas israelíes, que han rodeado el puerto de Beirut y la fuerza multinacional. El conflicto ha quedado resuelto al cabo de unas horas, al dar garantías los Estados Unidos de que se descargaría el material bélico.

Martes, 24 de agosto de 1982.

EL NUEVO ÉXODO DE LOS PALESTINOS.

LA SITUACIÓN, AHORA, QUEDA ASÍ MAS O MENOS.

Siria, y detrás de ella Moscú, es el último y posiblemente más decisivo escollo que Begin encontrará para que su operación político-militar en Líbano se cumpla con plenitud y eficacia.

El ministro israelí de Defensa, Ariel Sharon, que ha sido el alma de la acción bélica contra la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), dijo cuándo el viento iba a su favor que los sirios deberían elegir entre abandonar la tierra libanesa o seguir con los cañones israelíes a 25 kilómetros de Damasco, porque sólo si los sirios regresaban a su país, lo haría el Tsahal a Israel. Pero Sharon no ha conseguido aplastar definitivamente a los palestinos en Beirut y hasta el mismo Begin se vio obligado a desautorizarle. La arrogancia de sus palabras ha perdido, por tanto, gran parte de su valor ahora, cuando pasa a primer plano la presencia de las tropas sirias en la Bekaa libanesa.

Precisamente porque tanto el Gobierno israelí como el de Siria son plenamente conscientes de que ha llegado el momento más delicado y que ni a uno ni a otro le conviene desembocar en un enfrentamiento bélico, ambos están actuando con extrema prudencia. Por esto se ha desmentido que estén reforzando las unidades militares respectivas.

LOS HECHOS DE BEIRUT PODRÍAN SER EL DETONANTE DE UNA TERCERA GRAN GUERRA.

Observadores políticos de diferentes países y de dispares teologías políticas, que han seguido *in situ* el desarrollo del conflicto palestino-israelí que ha tenido por escenario tierras libanesas, las de Beirut más concretamente, coinciden en señalar que dadas las actuales circunstancias y la cantidad de intereses que se han visto involucrados en la singular pugna que mantienen Yasser Arafat y Menahem Begin, cualquier desliz, la menor presión o un acto precipitado a nivel político o militar, podría ser la espoleta que hiciera estallar una conflagración bélica de resultados imprevisibles.

Esta teoría parece ser compartida por los responsables de los Gobiernos de las principales potencias, los cuales, con suma cautela y extremo cuidado, estudian las directrices futuras a seguir con relación al conflicto palestino-israelí en particular y árabe-judío en general.

Pero el peligro está ahí, latente...

PRÓLOGO

Washington D. C. II a.m., sábado 21 de agosto 1982

Era un pájaro extraño.

Muy extraño, sí.

Hasta raro.

Casi un pájaro de mal agüero, podía decirse, que estaba sobrevolando el sector norte de Washington D. C.

Un observador morboso, de éstos a quienes deleita preconizar tragedias, que los hay, tras observar detenidamente aquel pájaro incomprensible, hubiese atisbado, al momento, la catástrofe.

Era un pájaro extraño, desde luego. La avanzadilla de algo grave, también. Que sobrevolaba la parte norte de la ciudad formando círculos que se ensanchaban o estrechaban según creía acercarse o distanciarse de su objetivo.

¡Qué pájaro tan raro aquél!

Que se dejaba acariciar por las nubes voluptuosas, que se escondía en el algodón entre azulado y blanco de aquéllas, para ocultar la exótica vistosidad de su plumaje.

Y para esconder aquel ala extraña que surgía de su cuerpo, hacia lo alto, como un sorprendente apéndice que giraba, que giraba sin parar, que giraba a velocidad diabólica acuchillando el viento que corría por encima y debajo de las nubes.

Abandonó, de súbito, la protección de aquéllas. Para hacer una fulgurante descubierta, para iniciar un avaricioso planeo concéntrico.

Las cosas, ahora, empezaron a aclararse.

No era un pájaro, no. Era un moderno helicóptero.

Pero seguía siendo extraño, sí.

Posiblemente a causa del vivo color escarlata que se había

empleado para pintar el fuselaje.

Quizá por el rótulo amarillo, en semicírculo, grabado a la altura de la mitad de ambas portezuelas y, que ahora, desde tierra, podía incluso leerse con meridiana claridad.

Decía, así: JUSTICE.

El piloto, alzó una de las manos del mando, señalando hacia abajo con el índice de la misma.

—Es allí, Smoke.

—¿Estás seguro, muchacho?

—Por completo. La situación en el mapa es correcta.

—Bien —dijo el que se llamaba Smoke—. Elévate.

Obedeció el que manejaba y el extraño pájaro fue como una exhalación, casi en vertical, hacia arriba, buscando otra vez la complicidad tupida de las nubes.

Fue entonces cuando Smoke atrapó el microauricular con la diestra mientras accionaba, con la zurda, los mandos de la potente emisora hasta situarla en una frecuencia clave.

Conseguida la estabilización, anunció:

—Smoke a Justice-I, Smoke a Justice-I, ¿me reciben? Cambio.

Unas fracciones de silencio y:

—¡Adelante, Justice-I, le recibimos! Cambio.

—Nos encontramos exactamente sobre el objetivo previsto. Espero instrucciones —dijo Smoke—. Cambio.

Ahora, a través del altavoz, le llegó un registro que no era el anterior. El radiotelegrafista le había pasado la comunicación a otra persona y ésta fue quien habló:

—Perfecto, Smoke, perfecto. Has sido puntual y ya sabes cuánto aprecio yo la puntualidad. ¿Está todo dispuesto? Cambio.

—Todo dispuesto, mi señor Yusuf. Cambio.

—Son ahora, las 11.02 en Beirut... —anunció la voz de aquél a quien el gigantón Smoke, una masa de músculos carente de materia gris en el cerebro, había llamado «mi señor Yusuf». Agregando—: Hace quince segundos, aproximadamente, el primer contingente de fedayines ha salido del Estadio de Beirut en dirección al puerto. Es hora de empezar la operación «40º grados a la sombra». ¡Adelante, Smoke! ¡Y buena suerte! Cambio.

—Recibido, mi señor Yusuf. Pongo en marcha la operación... ¡Por Palestina y su libertad! Cambio y corto.

Era una estupenda piscina en forma de «8» y ribeteada de baldosines de colores, conteniendo un fluido transparente, azulado, límpido.

Ubicada en el centro del monumental jardín y rodeada de altos setos y enormes arbustos.

En el linde del «8» acuoso habían varias mesas con parasoles, sillas, tumbonas, en una de las cuales, un hombre de cincuenta años, calvo, un tanto macilento, cubierto con un bañador blanco sobre el bolsillo del cual estaba bordada la Estrella de David, tomaba el caluroso sol con placidez.

Con los párpados entrecerrados vio cómo una de las dos bañistas que se divertían dentro del agua abandonaba el líquido elemento, saliendo de la piscina a través de una de las escalerillas.

Contempló cómo la chica, con grácil y femenino coqueteo, esponjaba su melena para escupir de ella brillantes gotitas de agua. Las mismas que perlaban su maravilloso cuerpo, dándole una dimensión irreal, como de diosa mitológica.

Bella y muy atractiva, sí.

De trazo escultural, también.

Su cuerpo abrupto y agresivo, sólo estaba cubierto mínimamente. El escueto bikini cubría por arriba una pequeña porción de sus pechos generosos, erectos, y por abajo parcheaba su sexo, dejando asomar unos tenues rizos de vello.

El dos piezas contribuía a exagerar la perfección geométrica de su cuerpo tórrido, selvático y lujurioso. Desde la exquisitez de sus curvas rotundas hasta la armoniosa línea de sus largas piernas, pasando por el trazado firme y suave de sus escultóricas caderas.

Avanzó, cimbreado como una palmera majestuosa al arrullo del viento, alzando la diestra en el aire para agitarla, haciéndole señas al hombre.

—¡Eh, papá! ¿Estás dormido?

Joshua Whisental, secretario de la Embajada de Israel en Estados Unidos, estiró el torso descorriendo un poco más los párpados.

—Si estuviera dormido, no podría captar toda tu hermosura. Ya sabes que soy tú más rendido admirador, Verónica. ¿Cuántos más tienes, eh?

—¡Oh, papá! Siempre igual... ¿Tienes miedo de que los chicos me admiren, me quieran...?

—Celos. Apunta celos.

Se inclinó hacia el hombre, besándole la frente.

—¿Te has fijado en ese helicóptero, papá?

—¿Helicóptero? —fingió sobresalto, ensayando un brinco—. ¿Dónde está ese pájaro que turba el apacible baño de la señorita Whisental? ¿Dónde...? ¡Que lo derribo!

La otra mujer también había salido de las calmosas y azuladas aguas. Llevaba bañador completo y pese a sus cuarenta y pico, no podía ignorarse lo apetecible de sus contornos y la corrección distinguida de sus facciones.

—¡Déjate de bobadas! ¿No lo encuentras extraño, papá?

—¿Extraño...?

Esther Whisental se había situado a la derecha de la tumbona donde estaba recostado su marido. Anunció:

—Sí que es extraño, Joshua. Lleva casi una hora revoloteando sobre nosotros.

—¿Y qué...? —Enarcó otra vez sus hirsutas cejas el secretario de la Embajada israelí. Ironizando—: No sé mucho sobre leyes aeronáuticas, pero imagino que ninguna debe prohibirle a ese helicóptero que sobrevuele...

—¡Papá, papá...! —exclamó, asustada, con patente sobresalto, Verónica Whisental—. ¡Está descendiendo sobre nosotros!

—¡Va a posarse al lado de la piscina! —gritó a su vez la esposa de Whisental.

Joshua llevó los ojos arriba.

En efecto, el extraño pájaro de fuselaje rojo, parecía estar cayendo a plomo, vertiginosamente, sobre el jardín de la residencia.

En la mente de Joshua Whisental se planteó un interrogante que tenía visos de escorzo humorístico: «¿Qué cara pondrían los humanos al ver aterrizar un OVNI?».

Si a ellos les asustaba el descenso fulgurante de un helicóptero tripulado por personas...

¿Personas?

¿Se podía llamar persona al gigantón que había saltado tras abrir la portezuela, inclinando su monumental y rapada cabeza, para protegerla de la vibrante acción giratoria de la hélice?

—¡Papá...! —jadeó Verónica—. ¿Quiénes son?

—Tranquila —repuso Joshua en voz baja—, pequeña. Tranquila.

Ahora lo sabremos.

Tras el tipo enorme de la testa rasurada habían descendido un par de fulanos, enfundados de pies a cabeza en látex, forma de mono, totalmente rojo, con un letrero en gualda sobre el pecho que decía: JUSTICE.

Portaban subfusiles de asalto cruzados contra el torso.

Mostrando postura y ademanes, inequívocos de guerrilleros.

—Tengo miedo. Joshua... ¡mucho miedo! —exclamó Esther Whisental. Añadiendo—: Quiera Dios que me equivoque... pero creo que son guerrilleros palestinos.

—Cállate, Esther. Te lo ruego. Y mantén la calma.

El gorila, con andares manifiestos de simio salido de la selva por primera vez, se plantó frente a Joshua, mirándole con ojillos crueles. Las dos mujeres, de forma instintiva, dieron un paso atrás, situándose a espaldas de Whisental.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a invadir mi propiedad desde el aire?

Una sonrisa mortal curvó los finos labios de Smoke.

—¿Supone que está en condiciones de preguntar tanto?

—Estoy en mi derecho, sí. Y exijo una explicación.

Las carcajadas guturales del mastodonte se esparcieron por el ámbito. De haber estado en un recinto cerrado habrían restallado como cañonazos.

—¡Estúpido! —Gruñó después. Y dirigiéndose a uno de los de uniforme rojo, ordenó—: ¡Osman... coge a la muchacha!

Osman Ben Ammin, con ademanes de felino, saltó sobre Verónica, atrapándola por la cintura antes de que la chica pudiera ensayar el más mínimo gesto de defensa.

Tiró de ella hacia el helicóptero.

—¡Papá... papá, por Dios! ¡Haz algo! ¡Ayúdame!

Joshua Whisental dio un paso hacia adelante y el subfusil del otro guerrillero le salió al encuentro.

—¡Quieto! —masculló Smoke.

—Dígame exactamente qué es lo que pretende... ¿Quiere dinero?

—¿Dinero...? —se preguntó con expresión estúpida el del melón afeitado. Estallando al instante, de nuevo, en sus ofensivas carcajadas. Tras enmudecer de repente, como si pudiera dominar su

hilaridad a capricho, gritó—: ¡Kabul... acaba con ellos! ¡Mátalos, Kabul, mátalos!

El llamado Kabul profirió un alarido en lengua vernácula al tiempo que apretaba el gatillo de su arma.

Se oyó un tableteo infernal.

Los proyectiles, rabiosos, cual si tropezaran unos contra otros en su mortal afán de llegar primero, impactaron sucesivamente en las anatomías de Esther y Joshua Whisental, reduciéndolos, en cuestión de segundos, a pedazos de carne agujereados, a monigotes de piel taladrada cuyos boquetes, mientras ellos se doblaban al compás de la trágica melodía de muerte entonada por el subfusil, escupían brillantes caños de líquido rojizo.

Verónica gritaba, se desesperaba, pateaba...

Mostraba una expresión de horror, contrayendo en un puñado de impotencia y odio, sus hermosas facciones morenas.

Mientras Osman Ben Ammin, cada vez más brutal, la empujaba violentamente hacia el interior del helicóptero.

—¡Papaaaaá... maaaaaaá! ¡No, Jesús mío, no! ¡Noooo! ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¡Suélteme, maldito canalla! ¡Criminales repugnantes! ¡Yo os maldigo, asesinooooooooos!

Con un último y bestial empujón, el tipo la precipitó, causándole dolor lacerante y algunos rasguños por los que al punto asomó una tira rojiza, contra el piso del helicóptero.

Smoke y Kabul Isidi, consumada su criminal actuación, corrían ya hacia el pájaro rojo.

Aquel pájaro extraño y raro.

De mal agüero.

Que había sobrevolado el sector norte de Washington D. C.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel chico era un enamorado del amor.

Algo así como la propia quintaesencia del más maravilloso de los sentimientos que puede motivar la trayectoria del hombre.

Cosa fina, que se dice ahora.

Y poético... ¡cosa mala!

Ellas se rendían ante sus atributos de Apolo, pero sobre todo, frente a la sensibilidad insinuante de su dulce retórica...

Cosa fina, sí.

Elena Monroe, que entre otras cosas se acababa de quitar el sujetador que dominaba la explosividad de sus pechos guerrilleros, cuyas menudas coronas tostadas se habían disparado hacia los labios del hombre como un par de misiles eróticos... lo escuchaba embobada, como en éxtasis.

Acariciándole con sus pupilas de gata cálida, grisáceas, y jugando con las yemas de sus dedos ardientes con las matas enmarañadas de negro cabello que poblaban el torso atlético de aquel enamorado del amor.

Cosa elegante, por más.

Elena, sentía su voz tenue, pausada, con un bálsamo arrullando sus oídos.

—¡Todo sucederá! Podrá la muerte cubrirme con su negro crespón, pero jamás en mi podrá apagarse la llama de tu amor... — dejó unos instantes en vacío, intencionadamente, para que sus palabras románticas aderezadas con un tenue matiz erótico, siguieran salpicando en el silencio los dulces tímpanos de la bella. Después—: Déjame sentir, hermosa hurí, de tus bragas el crujir entre mis dedos...

—¿De quién es eso, bonito?

—Lo de las bragas, por lo prosaico, mío. Lo otro de un poeta español llamado Bécquer. ¿No me negarás, por eso, que ambas

poesías componen una simbiosis perfecta? ¿Eh?

Elena Monroe separó sus muslos plenos, permitiendo que él, distinguidamente, se hiciera con la minúscula prenda de seda.

—¿Qué es simbiosis, Lauren?

—Un modernísimo anticonceptivo.

La hermosa hizo un fingido mohín de enfado al curvar sus deliciosos y golosos labios.

—¡Bah! En serio... Me gusta aprender.

La boca de Lauren había capturado, no sin suave esfuerzo, uno de aquellos guerreros pezones.

Tras un elegante y dulce mordisqueo, anunció:

—Yo te voy a enseñar las cotas desconocidas del amor. Lo que nunca se atrevieron a revelar los autores del Kama Sutra.

—¿Por qué eres así?

—¿No te satisfago acaso, bella flor del edén?

—Sí... —rezongó mimosa. Objetando—: Pero da la sensación de que no te tomas nada en serio.

Lauren Stewart, la miró con falsa expresión confusa.

—¿Cómo puedes decir eso, Elena? Te tomo más en serio que si fueras la Segunda Guerra Mundial. ¡Y qué guerra, madre mía!

—Es inútil —jadeó Elena Monroe—. Pero... ¡ámame!

Y lo miró abiertamente. Rendida. Prisionera.

—Eres muy hermoso —añadió al cabo de unos instantes, devorando con sus pupilas agónicas de lujuria el cuerpo desnudo del hombre.

Era hermoso, sí.

Aunque pueda parecer ridículo llamarle hermoso a un hombre.

Lauren Stewart, el enamorado del amor y el mejor amante de las mujeres, lo era.

Y no por nada en especial, y sí por todo en particular.

En su anatomía, de músculos elásticos y ágiles, de bíceps evidentes, no se vislumbraba un gramo de molesta grasa. Se estiraba con la suavidad de un felino y se recogía con la elegancia del león, probando las excepcionales características de su cuerpo flexible, entrenado para la lucha... lucha que sólo podía tener un vencedor; él.

Ciento noventa centímetros de amor y muerte componían el trazado cautivador de aquel hermoso cuerpo masculino.

Había personalidad en sus pupilas negras e ironía en los mohines escépticos que de continuo ofrecían sus labios sensuales. Dureza en la cobriza pronunciación de las mandíbulas. Y sorpresa en aquellos pelirrojos cabellos, muy cortos y ondulados, recogidos en amplios pliegues que la tijera no dejaba prosperar, exhibiendo un peculiar contraste con la tonalidad oscura de sus inquietantes ojos.

Estaba explicado, pues, que las mujeres fuesen tan tolerantes y condescendientes, que se dejaran...

Eso, sí, que se dejaran.

—Me halagas, Elena Monroe.

Y rasgó la máxima intimidad de la bella.

—Me vuelves loca, bonito...

La habitación, que sólo estaba en penumbra, recibió, de improviso, un torrente de luz.

Porque la lámpara del techo y cuatro apliques laterales escupían energía eléctrica.

Molesta e indiscreta energía eléctrica que desvirtuaba la dulce intimidad del despelote, la cariñosa agresividad con que el pelirrojo empezaba a poseer a la bella.

Dejó de hacer lo que había iniciado, dio la vuelta procurando taparse lo que había lugar, que era mucho dicho sea de paso, y dijo:

—Hombre... ¡eso no se hace! No se entra en las casas sin llamar. No se interrumpe de esta manera al personal. ¿A qué escuela ha ido usted, amiguete mío?

El que estaba en el umbral de la entreabierta puerta del dormitorio, flanqueado por dos tipos que tenían cara de llevar pistola bajo el sobaco y cumplir órdenes —de aquellos que luego de pegarte un tiro miraban tu cadáver con expresión vacía, diciendo: «Lo siento, cumplo órdenes»—, anunció:

—Dígale a la señorita que se vista y se marche, Stewart.

Miró a la dulce y rendida Elena.

—¿Ha oído, señorita? Vístase y lárguese.

—¡Oh... no! ¿Así...? ¿Sin...?

—Eso dice ese señor, señorita. Así y sin. ¿No es eso, caballero?

—Métase las ironías en el trasero, Stewart. La muchacha tiene tres minutos para largarse.

—¡Oh... qué grosero!

—Es muy grosero, Elena. Sí, tienes razón. Pero él tiene la que le otorga ese par de gorilas... ¿Lo ves? Llevan una pistola cada uno y matan cuando el grosero se lo dice. Yo, en tu lugar, atendería sus... «ruegos».

—¿Y vas a permitirlo, bonito?

—Lo permitiría aun siendo aún en vez de bonito. Esos tipos tienen cara de ser muy malos. ¿Es que no te das cuenta, Elena? Y yo... ¡me quiero tanto!

—¡Cobarde! —Le escupió ella, llameantes sus ojos. Molesta, seguro, por tenerse que marchar «así y sin». Añadiendo—: ¡Eres un cagón, Lauren! Suponía que con esa musculatura te ibas a enfrentar con ellos para poder luego...

—¡Querida! —Le puso dos dedos sobre su boquita roja y erótica —: ¡Chiiist! ¿Qué van a pensar de ti esos caballeros? Se creerán que vas por la vida dándole gusto al esqueleto...

—Cincuenta y seis segundos —anunció el que había bañado en luz el dormitorio.

La Monroe saltó del lecho y se vistió sobrándole, pese a los transcurridos ya, ochenta y cuatro segundos. Prueba evidente de que se había tapado sus vergüenzas, o sus encantos (según versiones), en el tiempo récord de cuarenta.

Se fue de la estancia pasando de lado a la vera del que se traía sus gorilas, para no rozarle con las yemas de sus pechos. Aunque tuvo la sensación de que el tipo se hubiese quedado igual.

—Es una verdadera pena que el país, en ocasiones, tenga que fiarlo todo en fulanos como usted.

Lauren, sin hacer el más mínimo comentario, bajó de la cama y volviéndose de espaldas al auditorio se puso el braslip. Regresando al catre recostó la espalda en la cabecera y recogiendo las piernas, abrazó las rodillas con ambas manos.

Después, muy despacio, alzó la testa para enfilar sus pupilas negras hasta el rostro del otro. Le dijo:

—Hasta ahora, señor, me lo estoy tomando con filosofía. Pero no abuse, ¿eh? Ser quién es, no le autoriza a dismantelar mi intimidad así por la cara.

—¿No sabe hablar de otra manera, Stewart?

—Pienso que no ha asaltado mi apartamento para enseñarme moral y buenas costumbres. ¿O sí?

Harvey Fisher, jefe de operaciones del GED, Grupo Exterior de Defensa, ramificación de la CIA recientemente creada y de la que no se tenía conocimiento ni en las esferas militares ni en las políticas de la nación, salvo contadas e imprescindibles excepciones, avanzó, hasta sentarse en el filo del catre.

Ladeó la testa para no huir los suyos a los ojos del otro.

—O sí —dijo. Añadiendo—: ¿Quién es esa chica?

—La Blancanieves con motor erotizado.

—¡Basta ya, Stewart! Está hablando con un superior.

—Elena Monroe. Le van los tipos cariñosos como yo. Y punto. Vive para el sexo y en sus ratos libres, cuando no está en la cama, es asidua de los porno *show's* y los puti clubs. El secreto de la organización permanece incólume. Aunque le hubiese dicho que soy espía, se habría reído. ¿Qué más, señor?

—¿Sabe lo que pasó anteayer en Washington?

—Algo he visto en la tele. Supongo que se estará refiriendo a lo del secretario de la Embajada de Israel, ¿no?

—Suporte bien. Aunque a usted, el asunto, parece resbalarle...

—Mientras nadie me diga lo contrario...

—¡Se lo digo yo! —estalló el menudo e inquieto Fisher.

—Pues ya no me resbala. ¿Y...?

—Esa acción guerrillera puede incidir gravemente en la evacuación de las fuerzas palestinas de Beirut. Aquello es un polvorín de primer orden y sólo falta que alguien le vaya poniendo mechas por un lado y otro.

—Washington está a miles de millas de Beirut, ¿no?

—Para el terrorismo no hay distancias y usted lo sabe. La mecha se pone aquí y la bomba estalla allí. El plan de evacuación elaborado por nuestro diplomático Philip Habib, no tiene que sufrir el más mínimo entorpecimiento... y lo sucedido en Washington, antes de ayer, puede convertirse en un serio obstáculo.

—Nadie puede demostrar que hayan sido miembros de la guerrilla de Arafat... ¡digo yo!

—¿Y qué más da, Stewart? ¡Cómo si quiere haber sido el lucero del alba! Pero el asunto echa un tufo a OLP que tira de espaldas. Y está claro por demás que se trata de activistas que simpatizan con la causa de Yaser Arafat. Y no podían haber elegido peor ni más crítico momento, ¿sabe?

—Obvio... —apuntó el enamorado del amor, el mejor amante de las mujeres.

—El Gobierno de Menahem Begin —siguió con su perorata el pequeño jefe de operaciones del GED— tiene ya un mosqueo superior respecto a las intenciones de Washington; la política iniciada por nuestro secretario de Estado, George Shultz, ha encendido la alerta roja en los mandamases de Tel Aviv... y ahora, por si faltaba algo, se cargan al secretario de su Embajada en Washington, a su esposa, y secuestran a su hija. Usted, Stewart, ¿qué le diría ahora a Menahem Begin?

Lauren, con una extraña seriedad pintando sus varoniles facciones, pareció meditar con profundidad. Tras la reflexión y ofreciendo un atisbo conspicuo en su mirada, anunció:

—Yo le diría... ¡Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina...!

Los ojos de Harvey Fisher alcanzaron cotas de ira inimaginables. Su expresión manifestaba sin recato amplios deseos de estrangular a Lauren, al cortarle, exclamando:

—¡Basta ya, Stewart! ¡Basta! ¿Quién mierda firmó su hoja de ingreso?

—Un político homosexual de Ohio, con el que me entendía bastante bien, señor.

—Por última vez, Stewart, antes de que se agote mi paciencia y decida tomar medidas disciplinarias extremas...

—Señor, con todos mis respetos, ha sido usted quien ha ignorado olímpicamente las más elementales normas del respeto y la disciplina instalándose en mi apartamento como los israelitas en los Altos de Golan... ¿De veras tiene atribuciones para eso? Por critico que sea el momento en Oriente Medio, por grave el hecho de Washington asaltando y matando los guerrilleros de quien fuesen a Joshua Whisental y su esposa, usted podía haberme requerido telefónicamente, digo yo, y...

—Está bien, hermano, está bien —alzó Fisher la diestra en ademán de tranquilidad, observando por el rabillo del ojo cómo sus perros guardianes permanecían incólumes, impertérritos, como ajenos a lo que allí sucedía. Sin pestañear. Pensó que para su trabajo eran perfectos, buenos chicos. Prosiguiendo, segundos

después—: Olvidemos viejas rencillas, compañero... porque los dos tenemos «nuestra» razón. El tiempo es oro en casos como este... y la montaña debe ir a Mahoma.

—Me halaga, señor.

—No es para menos, Stewart. Usted... se lo merece todo.

Por eso he venido.

—¿Por qué me lo merezco todo? —Arqueó las cejas, cáustico, el agente especial del GED.

—No —negó el otro con idéntica socarronería—. Porque en ocasiones la montaña va a Mahoma. Además, estamos en unas circunstancias en las que no se sabe hasta qué punto es útil y prudente servirse de las líneas telefónicas o de las ondas hertzianas. Los hay que se dedican a intervenir teléfonos o a interceptar mensajes.

—Los hay, sí.

—Stewart...

—¿Señor?

—Tiene que ir a Beirut.

—Me han dicho que se está muy mal allí, ahora.

—Temo que le han informado bien.

—Supongo que no puedo decir que no, ¿verdad?

—Supone usted de perlas, Stewart. ¿A qué se lo había dicho alguna de sus chicas?

—No, de verdad. No me lo ha dicho ninguna. ¡Pero qué perspicaz es usted, señor! ¿Para qué debo ir a Beirut?

—Porque este asunto requiere la presencia allí de un moderno agente adiestrado con las técnicas más sofisticadas del momento. El GED va a romper el fuego en su debut.

—Apasionante... —sonrió, melifluo, el pelirrojo de ojos irónicos y labios burlones—, de veras. Me tiene usted en éxtasis. O K. ¿Qué debo hacer?

—Encontrar al cerebro que ha dirigido la criminal operación. Imaginamos que la de anteayer es una acción que forma parte de un conjunto cuya estrategia tiene por finalidad poner muy nervioso al Gobierno de Tel Aviv. Si eso sucediera, podría ser fatal. ¡Ah...! encuentre también a la chica si está viva todavía.

—Me encanta el concepto práctico que tiene usted de las cosas, señor. Si está viva...

—¿Verdad que sí, Stewart?

—¿Hay garantías de que ese cerebro esté en Beirut?

—La lógica solo —sonrió como un conejo Harvey Fisher.

—Falla con frecuencia.

—Esperemos que esta vez no. Confiamos ciegamente en usted...

—¿Sabe que es como buscar una aguja en un pajar, señor?

—Sé. Pero seguimos confiando ciegamente en usted.

—¡Ah...! —Ensayó Lauren Stewart uno de sus habituales giros irónicos—. ¿Y si doy con él por una de esas casualidades de la vida que sólo se dan en el cine y las novelas, lo...?

—Exacto, Stewart, exacto: lo elimina y a otra cosa, ¿eh?

—Así de fácil, ¿no?

—Así de fácil, sí. ¡Vaya, casi lo olvidaba! Al llegar a Beirut, con mucho tino y sin despertar sospechas, póngase en contacto con... con... ¿cómo leches se llama esa moza? ¡Ah, sí, sí! Con Samantha Berger. Es espía de vocación y pertenece al MI 5 de su graciosa Majestad británica. Ella ha vivido todo el fregado *in situ* como supuesta corresponsal de no sé qué periódico londinense.

—¡Está usted informadísimo, señor!

—Soy jefe de espías, Stewart. No lo olvide.

—¿Cómo localizo a la tal Samantha?

—Esas cosas no se le preguntan a un jefe de espías... —Harvey Fisher había adoptado desde hacía rato la filosofía burlona de su subordinado. Añadió, serio ahora—: Puede partir a última hora de hoy o a primera de mañana. Tenga... —Le tendió un sobre tamaño banca—, aquí están las instrucciones para el viaje. Horario de vuelo, embarque, etc. Actualmente no se puede viajar a Beirut en clase turista, ¿comprende?

—¡Faltaría!

—Tengo que irme, Stewart. De veras que ha sido un placer. ¡Ah! lamento lo de la señorita Monroe, de verdad.

—No hay más que ver su expresión, compañero.

CAPÍTULO II

**En el mar,
4 p. m.,
lunes, 23 de agosto 1982**

—¿Has visto esto, amor?

Él sonrió.

Era una sonrisa tan enigmática como su propia personalidad.

Porque él, además, era tan enigmático como irreal.

Tenía algo que le hacía distinto a los demás.

Había magnetismos en su persona, había poder infinito en la mirada penetrante, hipnótica, estremecedoramente profunda de sus ojos verdes cual esmeraldas. De un verdor que producía frío cuando alguien sentía sobre sí el permeable taladrar de aquellas pupilas a las que ningún secreto de la mente parecía poder resistirse. Frío, sí... y la misma sensación que podía obtenerse al recibir una descarga de alto voltaje, también.

Su tez ofrecía el bronce aceitunado característico de los hombres de su raza, la nariz era levemente aquilina y sus labios sensuales, carnosos, con apasionada expresividad a veces, con quiebros y contracciones mortales carentes de piedad en ocasiones. Un fino bigote sombreaba en lo alto de su boca.

Era alto, muy alto, musculoso. El cabello se le adivinaba negrísimo... ya que el blanco turbante de seda sólo permitía adivinar.

Una túnica del mismo tejido e idéntico color encerraba la complexión atlética, felina, de su poderosa anatomía.

Estaba recostado, indolente, con los ojos entrecerrados ahora, sobre una otomana.

Se hacía extraña la presencia de una otomana en un submarino... Porque aquello, el lugar donde se encontraba el hombre enigmático y la extraordinaria mujer, era el camarote del comandante de un submarino.

—Lo he visto —dijo al fin él, sin emoción alguna en la voz. Añadiendo—: Hussein es así...

La exótica hembra de incandescentes atractivos, de lúbricas ondulaciones, que lucía sólo la parte inferior de un bikini, ofreciendo al desnudo la pletórica explosividad y pujanza de sus pechos ardientes, movió la cartulina que sostenía entre los dedos de la diestra, una fotografía 2436 en blanco y negro, reproduciendo la imagen del rey Hussein de Jordania besando efusivamente en el aeropuerto de Ammán a los comandos palestinos evacuados de Beirut, y dijo:

—De todas formas, Yusuf, no entiendo la postura de este hombre. ¿Después de lo que hizo en 1972^[1], solidariza ahora con la causa de Arafat?

Yusuf Bel Kadder ensayó un suave encogimiento de hombros.

—No creo ni en uno ni en otro, princesa.

—¿Entonces...?

—Yo entiendo la justicia como debe ser, princesa Sukowa. Por eso me enfrento en solitario a los oligarcas dominadores. Todo es igual, todos son iguales. Unos se dicen demócratas, otros comunistas, algunos no saben ni cómo deben definirse... «40.º grados a la sombra» espero que ponga las cosas en su sitio.

—¿Por qué lo haces realmente, Yusuf?

—Creía que ya habías aprendido a conocerme, princesa.

—Por mucho que se le ame... un hombre como tú no se conoce nunca, Yusuf. Eres tan diferente, tan extraño, tan encerrado en ti mismo. No sé...

—Alguien tiene que hacer justicia, Sukowa. Alguien tiene que enarbolar la bandera de los desheredados, ¿no crees? Por eso lo hago. ¿Qué hora es, princesa?

Ella, consultó el reloj de pulsera, minúsculo pero volteado de diamantes y rubíes, única prenda que llevaba su cuerpo de cintura hacia arriba, anunciando:

—Las cuatro de la tarde.

—Se acerca el momento... —Los ojos verdes de Yusuf Bel

Kadder cobraron una extraordinaria luminosidad y se abrieron como tratando de absorber hacia adentro la totalidad del globo terráqueo. Puntualizó, despacio, con remarcado énfasis—: El momento cumbre. ¡Van a saber de lo que soy capaz!

—¿Estás decidido?

Una expresión de sorpresa primero y casi de ira después, cinceló las facciones cobrizas del árabe.

—¿Acaso te atreves a dudarle, princesa?

Carrie Sukowa inclinó los ojos color tinieblas como avergonzada.

—Perdóname...

Se suavizó la expresividad del hombre y dijo:

—Conecta la radio, por favor.

La hermosa Sukowa maniobró en los mandos del aparato que había en un rincón de la mesa, en el ángulo izquierdo que ésta formaba con el mamparo partido por la escotilla de entrada, sintonizando una emisora determinada. Se oyó, al instante, la voz bien timbrada de una locutora, que en árabe, decía frente al micro:

«—Ha salido esta mañana de la capital libanesa el tercer contingente de palestinos que se dirigirán, por vía marítima, hacia el Yemen del Sur. Este grupo se compone, aproximadamente, de un millar de guerrilleros. En el estadio donde se concentran antes de partir, se han repetido las escenas de estos últimos días: gritos a favor de la causa palestina y la tristeza de los familiares que quedan atrás. El líder del partido extremista Frente Popular para la Liberación Palestina, George Habache, ha despedido personalmente a los que partían».

Yusuf hizo un gesto expresivo a la mujer y ésta cortó la sintonía.

—Yo os devolveré Palestina, hermanos: YO. ¿Qué hay de la lista de fechas para la evacuación que le pedí a Assaf Yadan?

—Ha llegado esta mañana por cable. Yo te la he pasado a máquina —dijo Carrie, tendiéndole un folio mecanografiado.

Yusuf tomó la hoja, leyendo para sí:

«23-24 de agosto, reunión y embarque del grupo palestino que se dirige a Yemen del Sur.

»24-25 de agosto, salida por mar de los palestinos con destino a Yemen del Norte.

»25 de agosto, partida por tierra de los primeros

grupos de palestinos que se dirigen a Siria».

Con el índice puesto en los datos escritos sobre esa última fecha, Yusuf devolvió el folio a la mujer.

Anunciando:

—Espero que este contingente ya no se mueva de Beirut. Eso... o pagarán el millón de dólares por cabeza. ¿Has pasado el borrador de la carta dirigida al secretario de Estado norteamericano?

—Sí...

—Bien. Encárgate entonces de que se curse en el mismo instante que iniciemos el ataque a Tel Aviv.

—Como tú digas, amor.

El hombre de los ojos penetrantes y enigmáticos cobró en sus facciones aceitunadas una expresión terriblemente decisoria. Alcanzando un micro de extensión flexible, dijo:

—Atención sala de mando, atención sala de mando... ¿Todo dispuesto?

La voz de Smoke llegó hasta el camarote del comandante con agitada nitidez:

—¡Todo dispuesto, mi señor Yusuf!

—Voy para allá.

—¡Yusuf! —exclamó la bella y sensual Sukowa.

—¿Qué ocurre, princesa?

Ella devoró con sus enormes ojos negros, hambrientos de lujuria, la elástica y musculosa figura que se había elevado hacia arriba al salir de la otomana.

Dijo:

—Hemos recibido una filtración de Washington... Tu agente trabaja de maravilla.

—Elijo cuidadosamente a mis colaboradores. ¿Qué dice Stack?

—El nuevo departamento de la CIA se ha movilizado después de lo de Whisental. Van a enviar a un hombre al Líbano. Un tal Lauren Stewart... un James Bond de ese Grupo Exterior de Defensa de nuevo cuño. Teóricamente viene por ti, a rescatar a Verónica también y...

—Esperemos que las noticias que se van a producir le lleguen a nuestro superhéroe antes de abandonar Estados Unidos.

—Tiene que contactar con la inglesita, Yusuf —anunció Sukowa.

—La seguimos teniendo vigilada, ¿no?

—Soleimán Mohe se encarga de ella.

—Perfecto. Ahora, como te he dicho, en cuanto se dispare el primer misil, cursa el mensaje a míster George Shultz.

Y acto seguido, abandonó el camarote.

—¡Periscopio a la superficie!

—Enseguida, señor.

La cazoleta convexa arañó veloz el entramado azul y blanco de las aguas, arriba, trazando por entre aquéllas una estela burbujeante, como si apuntase en la partitura del mar una nota de efervescencia.

Los ojos de Yusuf Bel Kadder, más penetrantes y enigmáticos que nunca, captaron con avidez a través del juego de prismas compuesto por los espejos, la cercanía de las costas.

Cerró contra el cuerpo central del periscopio los soportes laterales, exclamando:

—¡Abajo! —Y preguntó, seguidamente—: ¿Posición?

Silencio mientras alguien manipulaba sobre un tablero cartográfico recopilando datos velozmente.

—32 grados, 03 minutos, latitud norte; 34 grados, 46 minutos longitud este.

—¿Situación atmosférica?

—Cielo despejado, sin nubes. Algún ligero grupo de estratocúmulos en el cielo de Tel Aviv. Visibilidad 20 kilómetros, 8.

—Rumbo fijo. Avante un tercio...

—Fijado rumbo. Avante un tercio, señor.

—¡Estamos en posición de disparo, mi señor Yusuf! —exclamó, visiblemente exaltado, aquella masa de carne y músculos, con cabeza rapada, que respondía al nombre de Smoke.

—Atención, sala de torpedos. ¿Me oyen?

—Sala de torpedos a la escucha, señor.

—Preparen tubos lanzamiento misiles medio alcance, tierra-mar.

—Tubos preparados, señor.

—¿Listos para hacer fuego?

La luz roja sobre la que estaban centrados los ojos enigmáticos de aquel ser casi irreal, se tornó ámbar, y verde al instante.

—¡Listos, señor!

—¡Periscopio arriba! —dijo Yusuf, mostrando una expresividad cálida, ligeramente agitada, por primera vez.

Escrutó la superficie, girando alrededor de sí con los antebrazos apoyados en los soportes laterales del periscopio.

—Establezcan línea de tiro.

—Línea de tiro establecida, señor.

—¡Paren máquinas!

—Paramos máquinas, señor.

Siguió dando vueltas con los ojos clavados en el juego prismático de espejos. Se detuvo, en seco, como si los pies le hubiesen horadado la plancha metálica del piso de la nave, ordenando:

—¡Fuego el uno!

Apenas tres segundos, y:

—¡Disparado el uno, señor!

En efecto, sus ojos penetrantes seguían la estela turbia, alucinante, que el misil dejaba en las aguas, al barrenarlas, antes de alzarse como un avión supersónico y partir definitivamente en pos de su objetivo.

—¡Fuego el dos!

Otros segundos, dos, tres, cuatro como máximo.

—¡Disparado el dos, señor!

—¡Fuego el tres!

Los segundos de ritual, sí. Y el misil, atropellando las aguas en su maratón mortal hacia el punto donde se le dirigía.

—¡Disparado el tres, señor!

Un silencio. Un fugaz silencio y:

—¡Abajo periscopio! ¡Inmersión a fondo!

—¡A fondo, señor!

—¡Cambio de rumbo! ¡36 grados a babor! ¡Avante a toda!

—36 grados a babor. Rectificamos rumbo, señor. ¡Avanzamos a toda!

—¡Hemos hecho pedazos Tel Aviv, señor! —le halagó Smoke.

—No te exaltes, mi fiel amigo —le sonrió, pero inexpresivo Yusuf Bel Kadder—. Sólo han sido unos rasguños en la piel del judío. Un toque de alerta... Ellos verán si de verdad quieren que los borre del mapa.

La sirena de la nave seguía aullando mientras la tripulación registraba una actividad febril.

El submarino de bolsillo^[2] impulsado por energía nuclear se

alejaba velozmente por el vientre del mar, horadándolo con su proa voraz, del punto donde había dejado la impronta de su letal efectividad... la huella de su subrepticia capacidad de destrucción.

Yusuf abandonó la sala de mando para dirigirse a su camarote. Había en su faz bronceada huellas de cansancio... como si acabase de realizar un terrible esfuerzo.

Carrie Sukowa, completamente desnuda ahora, excitante al límite, lo esperaba.

Tendida en la litera.

Con las rodillas dobladas con exquisitez, un tanto distantes...

Provocativa elegancia la suya. Espléndido ofrecimiento.

—He cursado el mensaje a Schultz, amor —musitó. Runroneando al momento con estudiada contracción espasmódica —: Te deseo, Yusuf.

Él comenzó a desprenderse de la túnica.

Luego, inclinándose sobre la hembra fértil, besó su garganta y fue recorriendo la piel ardiente hasta adueñarse, alternativamente, de sus pechos tropicales.

—¡Yusuf...! ¡Oh, Yusuf! Así...

CAPÍTULO III

Por los altavoces diseminados en el amplio vestíbulo que daba paso a los accesos internacionales de salidas, se escuchó el bien timbrado registro femenino, cantar como si de una melodía se tratase:

—Señor Stewart, señor Stewart... su atención, por favor. Diríjase a la mayor brevedad a las oficinas de la Pan American Air World, diríjase a las oficinas de la Pan American... hay una llamada urgente para usted. Señor Stewart...

Dobló el periódico que estaba ojeando distraídamente y lo metió en el bolsillo exterior de la chaqueta.

Y girando en redondo, se dirigió al lugar donde era requerida su presencia. ¿Qué diablos pasaría ahora?

—Soy Lauren Stewart, señorita...

Ella abrió la puerta cuya parte superior era de cristal esmerilado, precediéndole.

—Pase, por favor —extendió el índice sobre la mesa en donde había un aparato góndola, rojo, con el auricular descolgado—. Es ahí...

—Gracias.

La muchacha salió al instante, cerrando la puerta.

—Stewart al aparato, ¿quién llama?

—¡Bendigo al Dios del cielo! —exclamaron al otro lado.

—Por siempre sea alabado —dijo el hombre del GED sin el menor atisbo de ironía—. ¿Y ahora, señor?

En la punta opuesta del tendido telefónico que les unía en aquellos instantes, dijo Harvey Fisher:

—Han volado medio Tel Aviv.

—¿Por eso bendice usted a Dios?

—¡Stewart! ¿Ya empezamos? Lo bendigo por haber dado con usted antes de que partiera... ¿Le deja así, indiferente, lo que acabo

de decirle?

—Entiendo que son los israelíes quienes deben preocuparse, ¿no?

—Es el primer paso hacia una Tercera Guerra Mundial, Stewart. Menahem Begin está que explota y se las ve y desea para contener los impulsos de su ministro de Defensa Ariel Sharon.

—Comprensible —musitó el pelirrojo quien, dentro de sí, no dejaba de estar impresionado—. ¿Cómo ha podido suceder eso, señor?

—Las primeras noticias que se han recibido son confusas y contradictorias. Se habla de un submarino nuclear de bolsillo, de tres misiles tierra-mar... Lo cierto es que el cinturón industrial de Tel Aviv concentrado principalmente en el Valle del Nahal Ayyalon y los barrios residenciales que se extienden detrás de aquél, han sido reducidos a escombros. Borrados...

—Begin piensa en la OLP, ¿no?

—No creo que haya tenido tiempo para pensar. Incluso hay versiones que apuntan a la oposición política al nuevo gobierno que se va a formar en el Líbano con la elección del nuevo presidente Bechir Gemayel...

—¿Gemayel? —interrogó Stewart con unas cejas muy arqueadas que, lógicamente, no pudo captar su interlocutor. Y se respondió él mismo—: Ése es el abogado hijo de Pierre Gemayel, fundador del partido falangista Kataeb. Además, Bechir encabeza el grupo paramilitar Fuerzas Libanesas... ¡menudo demócrata!

—Los observadores políticos israelíes han calificado la subida al poder de Bechir Gemayel como «verdadero éxito de la democracia». Bechir había sido considerado desde un principio como «candidato de Israel»...

—La respuesta, no se ha hecho esperar. Pero sigue usted sin aclararme nada, señor.

—Todo es muy confuso, Stewart. Se lo he dicho en principio. Incluso se menciona el apoyo y patrocinio del Ayatollah Jomeini a un grupo terrorista...

—¿Qué se pasea por ahí con submarinos nucleares?

—Eso parece —repuso, cáustico, vía teléfono, el jefe de operaciones del GED Añadiendo, con cambio de entonación—: Pero nosotros, Stewart, tenemos noticias de primera mano. Frescas y

sorprendentes.

—¿Y hasta ahora no...?

—Ni puedo decirle más por teléfono, compañero —le atajó el que estaba lejos. Puntualizando—: Cuando cuelgue, Stewart, hable de inmediato con Mel Walton que es, además del comandante de vuelo de su reactor... bueno del que le llevará a Beirut; es, además, decía, colaborador de la Central. Tiene un amplio mensaje para usted que le hemos transmitido en clave hace como una hora. Él lo habrá traducido ya. Léalo con atención y aténgase a las instrucciones al pie de la letra. ¿Sabe usted, Stewart, lo que significa «al pie de la letra»?

—Creo que...

—¡Pues al pie de la letra, compañero! Buena suerte... por la cuenta que nos tiene a todos.

—¡Oiga, señor! ¡Eh, oiga...!

Un sonoro «clic» le anunció la evidencia de que al otro extremo habían cortado la comunicación.

Hizo lo propio, saliendo de la estancia.

—Señorita... —Se acercó a la rubita con uniforme azulado y pechitos a considerar que se hallaba tras el mostrador—. ¿Dónde puedo encontrar al señor Walton? Tengo entendido que es piloto de la Pan American.

Ella, moviendo su cinturita de avispa en rápido quiebro, dobló a la otra punta del vestíbulo del aeropuerto, extendiendo el índice sobre una puerta en la que se leía: SEGURIDAD.

—Mire si está allí... —consultó su reloj de pulsera—. Aunque lo dudo, porque el vuelo de Mel sale dentro de veinte minutos.

—¿Veinte minutos? —Pareció sorprenderse Lauren.

—Sí... —Ella enarcó sus depiladas cejas—. ¿Ocurre algo, señor?

—¡Oh, no, nada! Nada, bonita... —Le pellizcó la barbilla—. Veré a Mel a bordo. Gracias.

Y eso hizo cuando el aparato se estabilizó arriba, en lo alto de las nubes, la azafata les explicó que ya podían desabrocharse los cinturones de seguridad y el letrero de «NO SMOKE», se apagó.

—Le esperaba, Stewart. Y me ha extrañado que no me abordase en el aeropuerto.

—Me han llamado con el tiempo justo, comandante. Era preferible hacerlo aquí.

Mel Walton, que había dejado los mandos de la enorme águila de acero en poder del copiloto, dio la vuelta en su asiento para atrapar del casillero que tenía a la derecha y a su espalda, un sobre ligeramente abultado que ofreció a Stewart, diciendo:

—Ahí está todo, amigo. La azafata le indicará un punto de la nave donde podrá leer cómodamente... ¿entiende?

Por la forma velada de expresarse de Walton, el pelirrojo comprendió que su ayudante no estaba en el ajo. Que no entendía de los tejemanejes del espionaje. ¡No sabía la suerte que tenía!

Stewart le ofreció la diestra al piloto al tiempo que metía el sobre en un bolsillo interior, diciendo:

—Comprendo perfectamente, comandante. Agradecido por su interés.

—¡Stewart! —exclamó el primer piloto del avión cuando el otro hacía intento de abandonar la cabina de mando.

Ladeando la cabeza, inquirió:

—¿Sí, comandante?

—Cualquier cosa que necesite... Lo que sea, ¿eh?

—O. K. —le sonrió, saliendo al fin de la cabina.

La azafata, que era esbelta, alta, bien formada, como tenían que ser las azafatas, que sonreía con facilidad a través de unos labios sonrosados y carnosos... que llevaba una falda tubo gris que apretaba con rabia su redondeado culito, sobre el que Lauren sintió enormes deseos de palmeaar; la azafata, decimos, cumpliendo a la perfección su rol, le esperaba.

—¿Me necesita...?

El burlón e irónico atleta del GED, la miró.

—¡Bueno...! Por supuesto que te necesito, prenda. ¿Antes de ir en avión ya estabas tan buena?

—Nunca le he creado problemas a los servicios de la Seguridad Social.

—Capto, capto. ¡Y tienes sentido del humor! ¿Eh?

—Cosa muy necesaria para ser azafata y soportar impertinentes como tú, ¿no te parece?

Pintó en su rostro una mueca de estupor. Y sin más, la ciñó por la cintura.

—¡Espera...! Aquí, no, por favor.

—Dime dónde, pues, que me estoy volviendo loco de ganas de...

—extendió una mano hacia lo alto de la chaqueta del uniforme—. ¡Pero qué montículos tan deliciosos! Necesito escalar esas cordilleras, prenda. Desde mi más tierna infancia he tenido vocación de alpinista. ¿Me crees, verdad? ¡No, no me contestes! La poesía lúbrica asoma por mis poros, ¡grita! el sudor es pasión que baña mi piel... ¿Cuándo haremos cositas lindas, dulces, tú y yo?

—¿Siempre metes el mismo rollo, guapo?

—No. Debe ser que la altura me trastorna. ¿Haremos o no cositas, mi azafata dorada?

—¿El amor, quieres decir? —Ella torció la cabecita y enarcó sus cejas depiladas.

—O la guerra, prenda. Contigo, ¡lo que sea!

—Ven...

Lo llevó a una pequeña cabina escondida tras tupidos cortinajes. Había una mesa con teléfono, un televisor, dos divanes corridos en medio círculo al fuselaje y penumbra.

—¿Es aquí donde debo atacarte, sin más...?

—No será tan fiero el león como lo pintan, ¿verdad?

Ella misma se dejó ir en los brazos musculosos del sinvergüenza, pelirrojo, burlón, muy espía él... ¡que les iba a las tías cantidad! Lauren la recogió suavemente, amorosamente, y después de saciar en los dulces y sonrosados labios de la hembra su sed urgente, le dijo, flotando el bulto del sobre contra sus costillas:

—Luego seguimos, ¿eh? Tendrá mucha más emoción.

—¡Oh...! —la decepción quedó esculpida en su carita mona—. Estaré ocupada.

—Pero harás un hueco, ¿a que sí? —La fue empujando hacia fuera—. Ahora, si me disculpas...

Al quedarse solo se retrepó contra uno de los divanes semicirculares. Extrajo el sobre y de él varias cuartillas. La primera llevaba escrito su nombre. Sería el principio de las instrucciones...

«Stewart:

»Cuando lea esto espero haberle avanzado la situación vía teléfono, así que iré recto al grano. Tras el desastre de Tel Aviv, cuyas consecuencias pueden tener trágica magnitud en el caso de que no consigamos hacernos con las riendas de la política, entre bastidores claro, de los países involucrados... tras la catástrofe,

insisto, las cosas se han complicado hasta confluir en una situación límite. Entenderá, pues, que su viaje a Beirut cobra matices vitales. Muchas cosas, Stewart, y no es coba ni pretendo tampoco excitar su sentido de la responsabilidad ni agudizar al máximo su interés...».

Apartó la hoja ligeramente de su vista, exclamando:

—¡Pero qué cabrón eres, Fishe!

Y siguió leyendo:

«... entre ellas fa paz del mundo, van a depender de usted. De su éxito o... ¡no quiero ni imaginarlo! Volviendo al asunto: corren versiones para todos los gustos sobre la paternidad de los autores del suceso, pero nosotros, ya sabemos la verdad. Media hora después de haber sido torpedeado Tel Aviv, nuestro secretario de Estado ha recibido el mensaje que se reproduce en los folios siguientes».

—Tú sí que estás hecho un buen folio, compañero —musitó entre dientes, mientras abría las hojas mencionadas.

Leyó:

«Míster George Shultz:

»No quiero aburrirle, señor, con largas exposiciones y por ello, entraré en materia al punto. Lo que está sucediendo en Beirut no tiene nombre, y lo que están haciendo todos ustedes con el pueblo palestino, es una canallada como no se ha cometido otra. El mundo se ha acostumbrado a vivir con la violencia mientras se habla de paz, lo mismo que en nuestras conciencias predomina el odio al tiempo que pedimos la amistad. Es una mala manera de vivir, pero el que no se adapta, muere. Yo, señor, vivo también en la violencia porque ustedes me obligan a supervivir así, ya que no quieren entender lo que es justicia. Por eso hago la mía... por eso mis hombres estuvieron en casa de Joshua Whisental y por eso yo, personalmente, he dirigido el ataque a Tel Aviv. Eso, mi querido señor, ha sido un

simple aviso... puedo borrar Israel del mapa.

»Lo de Beirut no puede continuar. Los palestinos no pueden ser echados como ratas. Pero como trato de ser hijo de la razón, les voy a ofrecer dos alternativas. Primera: que se detenga el éxodo palestino. Y segunda: si la evacuación prosigue, el Gobierno de Israel, el de los Estados Unidos, ambos, o quien sea, deberá abonar la cantidad de UN MILLÓN de dólares a cada palestino exiliado. Dispone usted, señor Shultz, de 48 horas, para enviar un emisario a Beirut con la respuesta... con una respuesta en la que se me diga qué alternativa eligen. Su emisario, señor, deberá dejarse ver por una taberna del puerto llamada Korintio y en su conversación deberá pronunciar la frase: “40.º grados a la sombra”.

»No intenten jugar conmigo, señor, porque las consecuencias serán lamentables. Si transcurrido ese plazo inicial de 48 horas no tengo noticias tuyas... mataremos a Menahem Begin. 24 horas después, si prosigue su silencio, el objetivo será Ronald Reagan. Seguiremos con Margaret Thatcher, François Mitterrand, y así, hasta completar un largo etcétera.

»Eso es todo, y aquí quedan expuestas mis condiciones. Reciba un atento saludo de, JUSTICE».

Lauren Stewart había perdido su expresividad irónica. Aquello, en verdad, resultaba muy preocupante. Y lo que le había caído a él encima, asfixiante como una losa de mármol.

Fue por la hoja que restaba. Que se expresaba en los siguientes términos:

«Stewart:

»Sin comentarios, ¿no le parece? La misión inicial que le había asignado, queda supeditada a la de ahora. Usted es el hombre que llevará la respuesta de Shultz a... JUSTICE. Cuando haya conseguido conectar con él, le dirá que nuestro Gobierno acepta su segunda alternativa, o sea, que pagaremos ese millón de dólares por palestino. Es obvio que no estamos dispuestos a ceder a las presiones de ese loco, pero hay que ganar

tiempo. Convenir cómo y dónde, de qué manera, se llevará a efecto la transacción, puede proporcionarnos ese tiempo vital. Mientras usted juega su papel, otros agentes se movilizarán para localizar a ese tal... JUSTICE. Aunque yo, personalmente, espero que sea usted quien lo encuentre y lo mate. Así de difícil, Stewart. Puede serle útil la colaboración de ésa espía británica que pasa por corresponsal de no sé qué periódico.

»¡Buena suerte y hasta pronto!».

»Harry Fisher».

—Así de sencillo... —murmuró Lauren, perdidos sus ojos en un punto indefinido que iba mucho más allá del reducto delimitado por el fuselaje del reactor—, compañero.

Metió las hojas en el sobre y este de nuevo al bolsillo, pensando en que debía encontrar momento y lugar para reducir a cenizas aquellos papeles.

Retornó a su asiento junto a los demás pasajeros.

—¿Se ha mareado, señor?

Era su compañera de butaca quien había formulado la pregunta con una voccecita que apenas le salía de la garganta.

La miró.

Era regordeta, apocada, y tenía todas las trazas de haberse fugado de un convento de monjas... de las de antes, de las tradicionalistas, de aquellas que decían que las niñas no tenían que tocarse lo que tenían entre las piernas y mucho menos dejar que ningún hombre lo utilizara. De las que quedan hacer de las mujeres la reserva espiritual de Occidente.

Con la regordeta lo habían conseguido, desde luego. Aunque como decía uno... había caras que guardaban culos. La de aquella nena se lo guardaría por los siglos de los siglos. Y encima aquellas gafas de carey, con unos cristales que parecían vasos.

—No, hija —contestó al fin—. Es que me gusta pasear por los aviones.

—¡Ah! —Puso cara de susto. Toda ella era un susto—. ¿Va usted a Beirut, señor?

—Le mentiría si le dijera que vengo. Voy, sí.

Ella le miró desde detrás de las vitrinas.

—Dicen que está muy mal aquello, ¿verdad?

—Verdad.

—¿A qué va usted, señor?

¡Jo con la regordeta! Qué cargante era la tía.

—Asuntos de negocios. Soy representante de la más prestigiosa firma de nabos de Estados Unidos, ¿sabe? Los huertos de Beirut han quedado hechos un asco y yo voy a iniciar la repoblación del nabo. ¿A qué le parece interesante?

—¡Oh, sí, claro! Nunca hubiera dicho que los nabos eran... eran tan importantes.

—¡Pues lo son, nena, lo son! Donde esté un buen nabo, que se quite todo lo demás... ¡Oye! ¿Y a ti qué se te ha perdido allí? ¿Eh?

Se encogió, timorata ella, atiborrada de prejuicios, haciendo una cucada mojigatera.

—Soy religiosa, señor. Voy a confortar las almas...

—Pues a ver si entre mis nabos y sus almas, ponemos aquello en orden, hermana... ¿O debo llamarla, sor?

—Como prefiera. Me suelen llamar sor Patricia.

—Muy bonito... —sonrió forzado, tan siquiera irónico, el hombre del GED. Puntualizando—: Y ahora, sor Patricia, con su permiso, voy a echar una cabezadita, ¿eh? Cuando lleguemos a Beirut me avisa, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. No faltaría más.

Cerró los párpados y se puso a pensar.

«40.º a la sombra...».

Iba a pasar calor, desde luego.

CAPÍTULO IV

Uno, se percataba enseguida.

De que allí había un cirio montado de tres pares de huevos.

Lauren Stewart se percató, obvio, con sólo asentar los pies en la terminal aérea de Beirut.

Sor Patricia las iba a pasar putas. Y todo eso, suponiendo que los judíos le hubiesen dejado algún alma que confortar.

Aunque el hombre del GED, coñón él, pensó que allí hasta las almas debían llevar metralleta.

Hubo de reconocer para sus adentros, ironías a un lado, que Harvey Fisher tenía más razón que un santo cuando dijo que a Beirut no se podía viajar en clase turista, ni en plan turista, ni en ningún plan.

¡Cómo las gastaban los israelitas! Habían dejado aquello hecho una mierda.

Y si Dios y él no lo remediaban —siguió elucubrando Stewart—, las cosas iban a ponerse mucho peor.

Sólo faltaba la jugadita del menda aquel que se hacía llamar JUSTICE.

En fin...

¡Hombre! ¡Ésta sí que era buena!

Había que reconocer que en todas partes del mundo existían tipos que le echaban pelotas al asunto. Porque hacer el taxi en Beirut era cuestión de tenerlas pero que muy bien puestas.

De que allí había tipos así de valientes se enteró el pelirrojo cuando cumplidos los trámites de aduanas y control de policía —aquellos fulanos se miraban el pasaporte con lupa—, atisbo por la explanada de aparcamiento que se abría frente a la terminal.

Varios taxis, esperaban.

Fue por uno y se metió dentro, acarreando su bolsa de viaje.

—Hola.

—¿Es usted americano, míster?

—O. K.

—Menos mal —cabeceó el conductor—. Nos entenderemos.
¡Oiga! perdone la incorrección, pero... ¿a qué viene usted a Beirut?

Lauren le ofreció su más cándida sonrisa. Dijo:

—Soy masoquista profesional. De la acreditada escuela de masoquistas de Saint Cloud, Minnesota. ¿Ha oído hablar de ella, amigo?

—¿Me toma el pelo, paisano?

—¡Qué va, hombre, qué va!

El taxista se encogió de hombros, reconociendo:

—Al fin y al cabo, tengo yo la culpa, por preguntar. ¡Qué leches me importa a mí lo que usted...! ¿Adónde le llevo?

—¿Los judíos han dejado algún hotel en pie, amigo?

—Algo quedará... ¡digo yo! —Al chófer también le iba la «marcha». Y eso era de admirar en aquellas circunstancias. Añadió —: Sí que queda alguno en pie, sí. Yo le aconsejaría...

—Pues vamos a ese que usted me aconseja.

El valiente y humorístico conductor puso el vehículo en marcha saliendo por un desvío que moría frente al aeropuerto, a la carretera general.

Lo primero que vio Lauren, así de cerca, fueron un par de carros blindados israelitas.

—Están ustedes mejor que quieren, ¿eh?

—¡Desde luego, míster! En el extranjero se creen que con la evacuación de los palestinos se ha terminado la «fiesta», y ahora va a comenzar la segunda parte.

—¿Por...? —Arqueó las cejas el espía, adelantando el busto hacia el taxista.

—La elección de Bechir Gemayel como presidente de la República pone al país en un grave problema político por la división entre las comunidades musulmana y cristiana. ¿Usted me entiende, míster? —Vio el cabezazo de aquiescencia del americano, a través del retrovisor, prosiguiendo sin dejar por ello de prestar su atención al asfalto—: Verá, los musulmanes nos encontramos con la pérdida de nuestros aliados palestinos, mientras los cristianos contarán ahora con el apoyo del ejército israelí. Todo esto puede destruir lo poco que queda de la anterior convivencia pacífica entre ellos y

nosotros. La tragedia, míster, no quiere abandonar Beirut.

—Es triste, muy triste —comentó Lauren en tono quedo—. ¿Ha habido algún incidente por esta causa?

El chófer hizo una contracción por demás expresiva.

—¡Ya lo creo! Anoche, en el oeste de la calle Hamra, incendiaron un banco propiedad de uno de los diputados que votaron a Gemayel. Tan pronto corrió la noticia de su elección, varios domicilios particulares de los llamados «padres de la patria», que habían decidido concederle su papeleta, fueron reducidos a escombros por lanzamiento de cohetes y cargas explosivas. ¡Imagínese el panorama!

Tras la exclamación, el simpático y conversador taxista, tuvo que atizarle de firme al pedal del freno.

Lauren, pillado por sorpresa, estrelló el tórax contra el respaldo del asiento delantero.

—¡Cabrones de mierda! —masculló el chófer.

Cortando el camino había dos *jeep*. Un oficial israelí flanqueado por un par de soldados metralleta en ristre, se acercaba al taxi.

—Es un americano... —Gruñó el conductor. Y más bajo, oyéndole sólo el pasajero, añadió—: De los vuestros.

El oficial había abierto la portezuela.

Lauren, en inglés, pensando para sí que como aquel tipo no le entendiera, por botones silenciara su sapiencia idiomática, obligándole a traer un intérprete, largó:

—En la aduana del aeropuerto me han mirado hasta los calzoncillos, paisano. Tú qué me quieres ver, ¿eh?

—Ustedes creer amos del mundo, ¿no?

¡Jodido el tío! Capiscaba el *yankee*.

—¡Hombre...! Tampoco es eso. Pasa que uno se mosquea con tanto control y tanta leche.

—Beirut, zona de guerra.

—¡Ah... ya!

—Usted, ¿a qué venir?

—Soy observador político.

—¿Periodista?

—Escritor... ¿Podemos seguir ahora?

—¿Permitir su pasaporte, por favor? —insistió el oficial, que no dejaba de escrutar con meticulosa atención a Lauren, de pies a

cabeza, pasando por el color del traje, la corbata y buscando sobre todo un bulto sospechoso bajo las axilas.

«¡Sí, hombre —sonrió Stewart de frente para adentro—, ahí la voy a lleva! ¡Para que tú la veas!».

Le tendió el pasaporte, al que el militar dedicó una parsimoniosa atención. Devolviéndoselo al fin, dijo:

—Puede seguir. Y le recomiendo que mientras dure su estancia en Beirut, sea usted hombre prudente.

El taxista arrancó de un brinco.

—¿Es frecuente esto? —inquirió Lauren.

—¡Te los encuentras hasta en la sopa!

Parecía que la interrupción de los soldados israelitas había puesto de mala leche al taxista, pues ya no hizo el menor comentario hasta que enfilaron la carretera que unía Beirut con Damasco, alejándose de la capital y de sus ruinas sobrecogedoras.

Lo último que captó Lauren al salir de la ciudad fueron las construcciones señoriales que aún quedaban en pie del barrio residencial de Ras Beirut.

—Ya llegamos —anunció el conductor.

Pero antes de que eso sucediera aún se cruzaron con una pequeña formación de tanques y autos blindados que patrullaba por aquel sector.

El taxi se salió como unos doscientos metros, a la izquierda, de la carretera.

Deteniéndose frente a un edificio de cuatro plantas, de blanca fachada, que si la vista no engañaba seguía manteniéndose en pie.

—Aquí es, míster.

Lauren saltó a tierra con bolsa de viaje a cuestas, abonó la carrera añadiendo una succulenta propina y deseó:

—¡Buena suerte, paisano!

—O. K., míster. ¡Hasta otra!

Y salió zumbando del lugar.

Un botones vestido con uniforme bastante informal le acompañó a la habitación que le habían asignado en recepción.

La 235 para ser más concretos.

El muchacho, tras abrir la puerta y hacerse a un lado, permitiendo el acceso a Lauren, dijo en un chapurreado inglés:

—Usted perdonará si no están cosas en demasiado orden, pero...

—Entiendo, entiendo... —Y le metió la propina en el cuenco de la diestra.

—¿Desear algo más?

—No, nada, gracias.

El botones se largó pasillo abajo y Stewart se metió en la estancia cerrando la puerta.

No estaba del todo mal, no. Una especie de vestíbulo con su rinconera y un florero con relleno artificial y luego el dormitorio, con un armario de tres cuerpos, la cama con cabezal corrido y mesita a ambos lados, el teléfono a la derecha... ¡Jo, qué ironía! Un televisor.

Riendo con los dientes apretados y los ojos en la pantalla de la TV, el pelirrojo alzó la bolsa, dejándola caer en la cama y tiró de la cremallera, abriéndola, para sacar un cepillo de dientes, la pasta, una jabonera, la rasuradora eléctrica de cabezales basculantes y demás adminículos personales con los que, silbando una tonadilla de neto cariz oriental que años ha popularizado Abbe Lane —la exmujer de Xavier Cugat—, puso proa al cuarto de baño.

Abrió la puerta empujando con el pie.

Y al punto sus manifiestos masculinos se le pusieron de corbata.

¡Joder... que eran bestias en aquel país!

¿Qué clase de diabólica canallada era aquello?

Pese a su temperamento campechano, irónico, hasta cachondo en exceso a veces, Lauren sintió que se le había helado todo. Incluido también el cepillo de dientes.

Un extraño cosquilleo fluctuó por su espinazo y, segundos después, le acometieron arcadas.

¡La madre que los parió! ¡Cerdo!

Sin poderse contener, largó un eructo. Y le faltó el canto de un centavo para vomitar.

—¡Cristo del cielo! —consiguió enhebrar al fin, reaccionando, recobrando el don del habla.

Lo que llevaba en las manos cayó en tierra, tintineando encima de las baldosas, sin que el pelirrojo hiciera el menor ademán de recogerlo.

Porque sus ojos estaban fijos, clavados, hipnóticamente prisioneros... del cuerpo femenino, desnudo por completo, cuya garganta estaba atravesada por un gancho de los que empleaban en

los mataderos para colgar la carne.

El otro extremo del gancho estaba encasquetado en el filo de la cisterna, lo que permitía que la infortunada se moviera con lentos vaivenes macabros.

Y cómo goteaba sangre... Y cómo salpicaba está en tierra.

Juzgando a través de la sangre precisamente, Lauren llegó a la conclusión de que el crimen era reciente.

Y entendió también, al conseguir que su magín funcionase medianamente con lógica. Que la muchacha no podía ser otra que Verónica Whisental. Por lúgubre que resultase la afirmación, se dijo que parte de su tarea estaba resuelta. Había encontrado a la muchacha, sí.

Y el balance inicial no podía ser más desalentador.

Decidió apartar los ojos del ensangrentado cadáver, dio media vuelta sobre los talones, avanzó un par de pasos pensando que necesitaba dos copazos de algo fuerte...

Y se lo dieron.

Algo fuerte, sí.

El menda lo había esperado pacientemente, que es como mejor se hacen las cosas.

Y le dio fuerte, pero que muy fuerte.

Empotrándole el puño a Lauren en el estómago de tal manera, con semejante violencia, que el americano tuvo la sensación de que lo habían operado del apéndice sin previa anestesia.

Aún tuvo tiempo de pensar que los *yankees* sólo ganaban siempre en las películas.

El otro, al que aún no había conseguido ver, aprovechó su postura para hacerle estallar los nudillos de su zurda en plena cara, catapultándolo al interior del baño para que tropezase con los pies de la desgraciada, con los que le golpeó la nuca, acabando por despatarrarse encima de la sangre.

Pero de eso último, ni se enteró.

Bueno, sí se enteró cuando, haciendo un sobrehumano esfuerzo, apoyó las palmas de ambas manos en tierra, notándolas al punto pringosas, viscosas, e imaginándolas por asociación de ideas empapadas de sangre... cuando las apoyó en el fútil intento de incorporarse.

Su antagonista era hombre cachazudo, porque le dejó hacer.

Con los ojos estrábicos, bailando centenares de lucecitas policromas delante de ellos, Lauren captó una mole con brazos que parecían leños, moviéndose frente a él.

—Tiene redaños el americano, ¿eh? —dijo una voz que no era la del que lo estaba «calentando» porque éste, según creyó advertir Lauren con su insegura mirada, tenía los labios firmemente apretados—. ¡Dale tú ahora, Kabul!

El espía había conseguido incorporarse, cosa que le sirvió de poco, porque el llamado Kabul, que no solía hacerse repetir las cosas, según ejemplo, le asestó un punterazo donde los hombres llevan sus «credenciales».

Al instante, los sintió en la garganta. Como si llevara corbata de lazo.

Se fue para atrás, trompicando de nuevo con las extremidades inferiores de la muerta, sintiendo que un dolor que tenía la extraña virtud de arder, le subía como una oleada de fuego desde la parte castigada hasta el cerebro.

Con la mente, sólo con ella, se excretó en la madre del otro.

—¡Basta ya, basta! Tráelo aquí, Kabul.

Kabul Isidi lo cogió por el pelo, no sin dificultad, debido a lo corto que lo llevaba, arrastrando a Lauren hasta el dormitorio.

Apenas si notó el tirón porque se imponía sobre todas y cada una de las partes de su naturaleza el terrible escozor del patadón y aquella bola candente que subía y bajaba amenazando con hacerle explotar.

—¡Échale agua! —gritó el que parecía llevar la voz cantante.

Del remojón se encargó el fulano que le había arreado primero. Y muy fuerte por cierto.

Lauren agradeció la humedad del líquido que, en parte, obró de bálsamo, aliviándole mínimamente el sufrimiento.

—¿Me oyes, americano de mierda?

¡Encima, insultando!

Le oía, sí.

Movió la cabeza afirmativamente, cosa que pudo hacer porque Kabul le había soltado los cabellos.

Y le veía también. Turbio, pero la veía.

Era un chicarrón de otra galaxia, enorme, con brazos como aspas de molino, de tórax pétreo y cabeza pelada.

Kabul se había puesto a su derecha y el otro, el que no era manco, a su izquierda.

—Si me oyes, mal nacido, te conviene escuchar mis consejos y seguirlos al pie de la letra, ¿eh? Mientras estés en Beirut no hagas más de lo que has venido a hacer, ¿entiendes? Nada de dártelas de James Bond ni de andar por ahí haciendo averiguaciones por tu cuenta, ¿estamos? Cumple tu misión, y lárgate luego. De lo contrario, tendrás problemas. Muchos problemas. Incluso es posible que acabes colgado de un gancho como esa perra judía, ¿está claro?

¡Como el agua que le habían echado a la cara!

Kabul se le acercó y Lauren, ante su vista, vio un zapato muy grande, enorme, gigantesco, que se iba para atrás y luego venía adelante a velocidad vertiginosa.

Centelleante.

El estallido del zapato contra su rostro fue bestial.

La nariz, como mínimo, ¡al carajo!

Y no pudo tan siquiera saborear el gusto salobre de la sangre que inundaba su paladar porque todo, de súbito, se hizo negro.

Muy negro.

Fue acogido con todas las bendiciones en la dimensión de las tinieblas.

Después, nada.

Negruras espesas y silencio sepulcral.

CAPÍTULO V

Cuando consiguió tirar hacia arriba de los párpados, no sin esfuerzo y sintiendo un gran dolor, vio...

UN ZAPATO.

¡Con lo que le había costado largarse de la dimensión de las tiniebla!

Y en la otra punta del túnel de nuevo el zapato.

¡Mierda!

Y esperó el subsiguiente punterazo en mitad de la cara y el regreso al pozo de la oscuridad.

Seguían pintando bastos, sí. Pero ya llegada la suya, ya. Se iban a acordar de él todos aquellos energúmenos... ¡vaya si se acordarían!

Pero... ¿qué esperaba el zapato para venir contra sus hocicos?

Abrió otra vez, con el temor de encontrarse la puntera encasquetada en la boca, sus ojos.

El zapato estaba quieto, inmóvil.

—¡Eh, Lauren! ¿Puede oírme?

¡Sopla! Aquel pie hablaba... ¿eh? ¡Y hablaba en son de paz!

Claro, porque era un pie pequeñito, suave imaginó, de lindos dedillos gordezuelos que estaban aprisionados por aquel zapato negro, reluciente, de alto tacón.

De altísimo tacón.

El fulano que le había pegado el patadón en la jeta no tenía unos pies tan menuditos y bien hechos como aquéllos, ni gastaba tampoco zapatos de tacón tan alto y delgado.

Le dieron ganas de besar aquel pie.

Tenía que ser tan suave, tan gustoso...

Había mujeres que tenían los pies llenos de erotismo.

Como aquélla... Porque era una mujer, ¿no?

Siguió levantando sus negras pupilas y detrás del pie, hacia lo

alto, captó la fina línea de un tobillo... Una pierna escultórica y sensacional después, unos... ¿Unos qué?

No veía nada. Sus ojos quedaban sin visión allí.

Valía la pena hacer un esfuerzo, sí.

Reptando en el suelo, consiguió auparse, apoyando ambos codos en las baldosas y pudo captar entonces los muslos preciosos que había intuido. Unos muslos de bronce, plenos, de fuego...

¡Y las nalgas! ¿Cómo debían ser las nalgas que componían aquel delicioso trasero?

¡Oh, decepción! Estaban cubiertas por un *minishort* blanco, que se ajustaba a ellas como una pesadilla.

—Lauren... ¿Se encuentra cómodo en el suelo?

—Tirando, prenda. ¿Me ayuda a levantarme?

Le dio las manos y aferrado con las suyas a ellas, se vino hacia lo alto con mucha dificultad, sintiendo que la cabeza le daba más vueltas que una noria.

Ella, intuitiva, lo abrazó para sostenerlo en pie.

Clavándole un par de tizones de fuego en el torso.

—¡Estoy mareado... muy mareado! —Y se aplastó contra los pechos enhiestos de la hembra, los cuales sintió casi horadar dentro de su tórax.

—Es usted muy aficionado a los refregones, ¿verdad?

—¡Psé! Se hace lo que se puede, Pero estoy como una sopa, ¿sabes?

—Lo veo, pichón. Pero te aprovechas de las circunstancias que es un gusto.

—¿Qué te da gusto... dices?

Lo empujó furiosa, contra la cama, donde Lauren rebotó lo mismo que si fuera un saco de patatas.

La muchacha, tras soltar una carcajada, anunció:

—Te han dejado hecho un asquito, ¿sabes?

—Lo imagino. Pero deja que te mire, preciosa entre las preciosas...

Y se deleitó con el contorno de aquellos caños de fuego que silueta a la perfección el jersey negro, sin mangas, que parecía estañado alrededor de su cuello de cisne. Arriba estaba una carita preciosa, con un par de redondas pupilas grisáceas, una boca roja como una fresa, una naricilla respingona, y más en lo alto, un corte

de cabello a lo chico, recortando su cabecita suave. El pelo debía ser negro, pero estaba teñido con mechas color oro y ceniza.

¡Una virguería de nena!

—Qué... ¿cómo me encuentras?

—Para chuparse los dedos, hermosa. ¿Puedo llamarte Samantha a secas... o señorita Berger, al servicio de su graciosa Majestad?

—Los americanos dais la nota por dónde quiera que pasáis.

—Nos viene de casta. ¿Recuerdas que fuimos colonizados por vosotros?

—Has venido a algo, ¿supongo? Al menos eso me han dicho.

—Te han dicho bien, prenda. Pero ya ves cómo me han puesto.

—¿Quiénes? —preguntó la mujer del MI 5 británico.

—No sé... ¿Has mirado por ahí a ver si han dejado tarjeta de visita?

—Te la han dejado a ti en la cara. ¿Sabía alguien, además que yo, que llegabas hoy?

—Nones. También me pregunto cómo sabían que me iba a alojar aquí. ¡No lo sabía ni yo! ¡Espera...! —Y tras la última exclamación, consiguió incorporarse, sacando los pies fuera de la cama—. ¡El taxista! ¡Claro...! Valiente hijo de su madre. Le pregunté si quedaba algún hotel en pie y me trajo aquí. Esa gentuza debe tener controlados a los pocos taxistas que trabajan y les habrán dicho que de recoger un tipo de mis características, lo trajesen aquí. Por eso me han preparado tan puntualmente el recibimiento.

—O quizá —apuntó la inglesita—, como éste es el único hotel digno de los que quedan erguidos que está en servicio, no les ha sido difícil deducir que cualquier taxista te traería aquí. Al menos, a esa conclusión he llegado yo.

—Muy intuitiva, sí. Cabe esa posibilidad. ¿Has echado un vistazo al cuarto de baño?

Movió la cabeza, afirmativamente, apostillando, fría, casi exenta de emoción:

—Verónica Whisental.

—¿Así...?

—¿Esperas acaso que me eche a llorar?

—Te hacía más sentimental, más... ¿cómo te diría yo?

Samantha Berger dio unos cortos paseos frente a los ojos, torpes todavía del pelirrojo, exhibiendo su espléndida naturaleza.

—Cuando llegué a Beirut tuve que colgar mis sentimientos en el armario. ¿Cómo te lo explicaría yo?

—Entiendo.

—He aprendido más aquí, en dos meses, que en todo el resto de mi vida anterior. Suelta una lágrima en Beirut, suspira, compadécete... y eres hombre muerto, americano. Además, ya te han dado un botón por muestra, ¿no?

—Más bien sí. Tengo que largarme de aquí a toda pastilla. Esa chica judía colgada en el baño de mi habitación podría acarrear muchos conflictos. La situación política está muy tensa.

—O. K. Pero antes, trataré de arreglarte la cara.

—¡No irás a hacerme daño! ¿Eh?

—Aún no te tocado, quejica.

—Si es por eso, ¡adelante! ¡Tócame todo lo que quieras!

—¿Tienes botiquín?

—Alcohol, algodón, gasa y algunas vendas.

—Bastará —dijo la bella espía, poniendo manos a la obra.

Aunque la cura escocía lo suyo, Lauren, no protestó.

—Tu Gobierno le ha comunicado al mío, extraoficialmente y en calidad de top secret lo de JUSTICE. Pesa amenaza de muerte sobre nuestra premier y teníamos que saberlo. Pronto, Beirut estará convertido en un hervidero de agentes secretos. ¿Tienes instrucciones concretas?

—Las tengo —cabeceó el pelirrojo. Musitando—: Gracias por la cura, linda. Tienes manos de ángel. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Las preciosas pupilas grisáceas, llenas de vida, se agigantaron. Samantha se irguió como si la hubiera picado un áspid, yendo atrás, exclamando, vibrante su cabeza:

—¡No! ¿Eh? Quieto, quita las manos...

Puede que no hubiese demasiada convicción en sus palabras, no.

—¿Cuánto tiempo hace que no te abraza un hombre como yo? Un hombre culto, de ademanes suaves, de ojos negros y cabellos rojizos... ¿Cuánto tiempo, linda?

—El sol de aquí es fuerte, lo sé —seguía retrocediendo—. Y te ha dado la «pájara», ¿verdad?

—Sólo un besito. Un roce tenue en tus rojos morritos...

La había ceñido por su flexible talle, porque ella no había querido seguir huyendo.

—Sólo un roce, ¿eh? A ver si se te pasa la insolación.

La boca de Lauren, entreabierta, absorbió los rojos y dulces labios de la fémina, saboreándolos de tal modo, que ella sintió vértigo. Un mareo delicioso que la llevó a abandonarse por completo entre los brazos de él. Lauren, mientras la seguía besando, bajó la diestra para recoger entre sus dedos el filo del negro jersey, calado, tirando de él hacia arriba.

Samantha, escapando al beso, suplicó sin fuerzas:

—No, por favor, ahora, no. No lo estropees.

Dejó de hurgar en el jersey. Pensando que no era momento de romper el corchete del sujetado. Pero le apetecían aquellos firmes pechos que imaginaba deliciosos.

—Tenemos que irnos... —pidió, más que dijo Samantha.

Y es que el enamorado del amor la había rendido también a ella.

—¿Cómo me has encontrado? Mi nombre no figura en el registro.

—¿Olvidas que soy del oficio? —La inglesita se estaba rehaciendo de su primera derrota. Tengo un amigo aquí.

—Entonces estoy jodido. Soltaré la «muy»...

—Tranquilo. Es tipo de una pieza y colaborador del MI 5. No hay problema.

—Vale entonces. Voy a cambiarme. ¿Te das la vuelta o quieres captar en toda su dimensión...?

—¡Me doy la vuelta, me doy la vuelta...! —exclamó, girando con presteza, quedando de espaldas al americano.

Lauren sustituyó sus maltrechas vestimentas por un fino pantalón gris de verano y un polo azul claro de manga corta. Luego, procedió a abrir las suelas de sus zapatos, suelas de goma muy anchas, dobles, de las que extrajo una serie de piezas que, encajando con otras que llevaba en un sutil doble fondo de la bolsa de viaje, se conectaron hasta componer un magnífico revólver Colt calibre 38.

Samantha, que ya se había vuelto de cara, sin impresionarse lo más mínimo por algo que para ella resultaba natural, quiso saber:

—¿Cuál es tu plan de acción?

—Soy un espía y todos mis planes son secretos.

—Fisher, según mis noticias, te dijo que yo podía echarte un cable. Pero las cosas, ahora, han ido más allá. Vamos a colaborar.

Me han anunciado desde Londres que debo secundar tu plan de trabajo.

—O. K. —sonrió—. Ha sido una broma.

Y acto seguido, la puso al corriente del mensaje que le fuera transmitido por Harvey Fisher a pie de avión.

—Todo eso es muy arriesgado, ¿no?

—Confíemos en que mi jefazo tenga razón y JUSTICE se trague el anzuelo de que vamos a negociar con él. Ese tío debe estar como una cabra...

—Yo no lo veo así, Lauren —cortó la hermosa inglesa—. Más bien pienso que es muy inteligente. Y me tomo sus amenazas muy en serio. Veo pueril que se coma esa lombriz de que se va a pagar el millón de dólares por barba. A un hombre como él no se le puede escapar que tu misión es la de ganar tiempo. ¿Sabes una cosa, americano?

—Ilústrame.

—Tu jefazo te ha mandado al matadero.

—Yes. Es un hijoputa como la copa de un pino. Pero, dime, ¿tengo otra opción?

Se encogió de hombros en actitud reflexiva.

—No. De momento, no veo otra.

—La tengo.

Samantha alzó la cabeza vivamente. Como sorprendida.

Inquiriendo:

—¿Cuál?

—Llegar hasta JUSTICE y eliminarlo.

—¿Tocas de pies al suelo. Lauren?

—Creo...

—En mi tierra se dice que no todos los fanfarrones son americanos, pero que sí son fanfarrones todos los americanos. Yo discrepo, ¿sabes? Porque imagino que si tipos como tú van por el mundo y siguen estando vivos...

—Estoy vivo porque éste es mi debut, prenda —la cortó él con una de sus sonrisas irónicas. Añadiendo—: A lo peor con 40 grados a la sombra me da de veras la «pájara» y no paso.

—¿Hablas en serio, Lauren?

—Más que nunca. Soy un espía novato. Pero también, tú lo has apuntado, un tipo listo. Y hay una cosa que tengo muy clara: los

Gobiernos para los que trabajamos pasan de nuestra muerte, ¿entiendes? Les importa un pimiento que a ti o a mí nos coja un cabrón de estos que corren por aquí y nos despanzurre a tiros o a navajazos. Les basta con que cumplamos, mejor o peor, pero que cumplamos. Para eso nos pagan y punto. A mí me sudan los... de lo que pueda decir Fisher, ¿entiendes? Llevaré esto a mi manera y así, caso de que me cepillen, a reclamarle al maestro armero. Estados Unidos, Inglaterra, Francia... ¡y qué sé yo! están muy preocupados por su política exterior. Los tuyos mandaron soldados a morir a Las Malvinas... ¿para qué? Te mandaron a ti a morir aquí, el Tío Sam me manda a mí. Al final, ellos, los israelíes y los libaneses, los que mandan claro, se darán la lengua y a otra cosa mariposa. Somos nosotros, nosotros mismos, pequeña, los que tenemos que mirar por nosotros mismos. Es una filosofía casera, pero real como la vida misma. ¿Tú has colgado tus sentimientos en el armario, no? Pero el egoísmo, el yo siempre yo, debe estar permanentemente descolgado. Repito: lo haré a mi manera. Si te interesa el asunto, por encima o debajo de lo que te hayan dicho los mierdas de tus jefazos, vienes... De lo contrario, nena, ¡humo! Eso no quiere decir que deje de llamarte por teléfono si me apetece hacer el amor contigo. La obligación a un lado, el placer a otro... ¿Qué respondes, linda inglesita?

Samantha, sin rodeos, dijo lo que sentía:

—De veras que no sé qué decirte...

—Pues dispones de pocos segundos, guapa.

—¡No me entiendes, americano de todos los demonios!

Lauren la besó en la boca. Así, sin más.

—¿No...? —Recobró el aliento jugueteando con los suyos por encima de los labios de Samantha.

—Quería decir... —jadeó la súbdita de su graciosa Majestad—, americano de todos los demonios, que me has dejado sin habla.

—¿Por el beso, no? ¡Es que soy la leche besando! Me lo han dicho muchas, sí. Pero tú me halagas más que ninguna. Te he cobrado ley, prenda. ¡Estás...!

—¿Podemos hablar en serio?

—¡Oye! Que lo que yo digo no es cofia, ¿eh? ¿Decías...? ¡Ah! que te he dejado sin habla. ¿Por...?

—Porque es humano todo lo que has dicho. Y como creía que mi

trabajo tenía muy poco de humano...

—¡Y lo tiene, prenda, lo tiene! Precisamente por eso hay que cuidarse la tira. ¿Respuesta?

—Estoy contigo.

—Tengo pensado hacer una premiere estelar por el Korintio esta misma noche. ¿Conoces el lugar?

Movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Un tabernucho ponzoñoso. Marineros, golfas, traficantes de drogas...

—Bonito escenario el elegido por JUSTICE. Lógico a todas luces.

—¿Iré contigo, Lauren?

—Deberías, sí. Pero... —Se detuvo, reflexivo, mientras recogía todas sus pertenencias en la bolsa de viaje.

—Pero —repitió ella—, ¿qué?

—Estás muy vista en Beirut. Y vigilada, reina.

—No lo creo, americano. Me aseguro de todos mis movimientos.

—Estás vigilada —insistió él con férreo matiz.

—Eso puede arreglarse, Lauren. Soy experta en disfraces. He llegado a pasar por un jubilado de la Royal Air Forcé.

—Esto es serio, niña. Un fallo y nos liquidan.

—¿Qué sugieres?

—¿Tienes coche? —inquirió él a su vez.

—O. K. Un Volga

gaz-24,

de fabricación soviética.

Lauren largó una risotada burlona.

Casi ofensiva.

—¿Para despistar? —Arqueó las cejas, consiguiendo también en ellas un trazado casi irónico.

—¡No seas bobo, americano! Me lo proporcionó un colaboracionista cuando llegué a Beirut.

—¿A cambio de qué, princesa?

La pregunta tenía mala leche y los ojos de Samantha miraron a Lauren chispeando con idéntico contenido.

—De nada. Y punto.

—Bien —murmuró él—. Estamos divagando y perdiendo tiempo. Tú te largas ahora mismo con mi bolsa, te subes a tu satélite ruso y me esperas en la carretera. Yo, minutos después, bajaré a recepción

haciéndome pedir un taxi. Todo tiene que parecer muy normal, ¿de acuerdo? —Sin esperar el asentimiento de ella, prosiguió—: Cuando me veas subir al auto, echas humo... pero sin pisar demasiado, ¿eh? Yo esperaré a que aparezca el fulano que te controla y...

—¿Y si no aparece? —terció Samantha.

—Uno a cero a favor tuyo, inglesita. ¿Vale?

—Aunque eres cargante e incluso insultante, debo reconocer que me va tu estilo, americano. Eres un tipo expeditivo. Duro. Uno de esos tipos de película...

—Aún no he terminado, princesa.

—¡Ah! ¿Decías...?

—Como conoces Beirut, te llevas al menda hacia un callejón en el que sea fácil... ¿comprendes?

—O. K., tipo duro.

—Tú también me resultas cargante... ¡Ábrete ya, prenda!

—¿Un beso...?

Cargante, puede. Pero apetecible mucho más.

¿Un beso, decía...?

Le succionó los labios a modo y Samantha se vino abajo por segunda vez. No, si ella tenía razón: el tipo era duro cantidad. Al menos las hembras, poco se le resistían... ¡los hay con suerte, sí! Lauren, a lo que íbamos, era consciente, en aquel momento, de que podía romperle el corchete del sujetador, de que podía hacerle astillas el propio sujetador, las braguitas... lo que a él le viniese en gana. No obstante, era consciente también de que no había que precipitarse. Y de que el tiempo era oro. Y de que Samantha tenía muchísima razón al señalar a JUSTICE como hombre inteligente y peligrosísimo, al que había que combatir con todos los sentidos alerta.

Como era consciente de tantas cosas, la dejó salir del dormitorio sin hacer valer sus dotes de triunfador.

Minutos después, abandonaba él la estancia, teniendo un último y fugaz pensamiento para aquella pobre chica que estaba colgada de la cisterna.

Pero en aquel mundo, Samantha lo había dicho bien claro, no había lugar para los sentimientos.

Cerró de un portazo.

CAPÍTULO VI

Primero:

Lauren tenía razón. Había un tío siguiendo a Samantha. Un tío que para contrarrestar la presencia del coche soviético que conducía la chavala, tripulaba un precioso «Chevrolet» USA, modelo del 80.

Segundo:

La inglesita se lo supo montar bien. Teniendo fe por primera vez de que la vigilaban, y de cerca, recorrió a marcha moderada el centro de un Beirut destruido, caótico, en cuyo aire se respiraba tragedia, circundando el Estadio donde se agrupaban los fedayines antes de su partida hacia el exilio, remontando después aquel sector para introducirse finalmente en el laberíntico trazado del barrio antiguo de la city.

Dirigiéndose al oeste, al punto habitado por los musulmanes chiitas.

La mitad de los edificios estaban reducidos a escombros, el resto, a medio caerse unos e insólitamente de pie los otros.

En lo alto del remonte que formaban varias callejuelas ascendentes podían distinguirse dos autos blindados israelíes con su tripulación armada hasta los dientes.

Se rumoreaba que algunos palestinos no habían abandonado el lugar buscando refugios clandestinos y los judíos daban intensas batidas para abortar tal posibilidad.

Samantha, decíamos, se lo montó bien.

Introdujo su vehículo por un estrecho y angosto callejón, spin salida, redujo la marcha paulatinamente y al final se detuvo, parando el motor.

El Chevrolet, asomó, y al darse cuenta de la maniobra de la muchacha, hubo de frenar en seco.

La inglesita puso pie a tierra y se quedó mirando al conductor del auto azul con una sonrisa desafiante.

Entonces el taxi dio la vuelta.

—¡Ya le he dicho que esta calle no tiene salida, amigo!

—No hay problema, paisano. Te pago la carrera, te largas y punto, ¿de acuerdo?

Y le puso un billete de cinco dólares bajo los hocicos.

—¡Vaya...! Moneda americana... ¿De dónde ha salido usted, amigo?

El pelirrojo ya no le escuchaba, porque había saltado al suelo y caminaba decidido hacia el Chevrolet.

Al observar que la ventanilla del lado del conductor estaba bajada, descendió a la calzada y se puso un pito en los labios, asomando al interior del coche.

—¿Me da fuego?

El otro le miró con extrañeza.

Y de pronto, proyectando con toda violencia su manaza hacia adelante, buscando aplastar el cigarrillo contra la boca de Lauren y empujarle al mismo tiempo hacia atrás, exclamó:

—¡Vete a la mierda, puerco!

Lauren esperaba aquello.

Por eso había ladeado la testa, centelleante, y alzado su diestra para atrapar la muñeca del fulano.

Se la retorció.

—¡Aaaaag!

—Eres muy violento, ¿eh? —siguió presionando.

—¡Suélteme...!

—No se puede ser tan violento...

—¡Aaaaaag!

Lauren, desde fuera, abrió la portezuela. Anunciando:

—Ven hacia mí, alma cándida. Pero despacio... ¿eh? Un pestaño solo, que no me guste, y te parto el brazo.

Hizo lo que le decían.

¡Menudo chicarrón estaba hecho el menda!

Dentro del coche no parecía tan enorme. Le pasaba a Lauren como medio palmo.

Eso le hizo acordarse de los tipos que le habían calentado en el hotel.

—¿Qué quiere de mí...?

—¡Laureeeen! ¡Cuidado! —Había sido el grito de Samantha—.

¡A tierra!

Stewart le metió un violento empujón al enorme individuo, proyectándole contra la carrocería del Chevrolet, al tiempo que él se estampaba de bruces en la pedregosa calzada.

Por el rabillo del ojo captó el brinco de la chavala, su pose agresiva plantada en plena carretera, extendida la diestra que empuñaba una negra *Parabellum* y los dedos de la zurda ceñidos a la muñeca opuesta para asegurar el blanco.

El taxista trataba de protegerse tras su vehículo con una metralleta al uso dispuesta a abrir fuego.

Samantha, erguida en mitad de la calzada, como una chica Bond, esperó unos segundos.

Después, siguiendo con un leve movimiento de su mano la carrera en semicírculo del taxista, le dio al gatillo.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Allí, no venía de un tiro.

Nadie se alarmaba por ello.

El chófer alzó los brazos, los puso en cruz soltando el arma que cayó a tierra con macabra pesadez, los movió apenas unos segundos como aspas de molino y se estrelló contra un lateral del taxi, deslizándose pegado a él hasta arrugarse en tierra.

El perseguidor de Samantha, creyéndose al amparo de la confusión, intentó abrirse.

—¡Quieto, león!

Y Lauren estiró una zarpa atrapándole el tobillo izquierdo, tirando con violencia, para que el otro se diera un testarazo contra el auto. Aun así, lanzó la pierna libre hacia atrás, como si fuera una cox, tratando de alcanzar la cara del pelirrojo.

Evitó el trompazo por milímetros.

—¡Valiente cabrito! —rezongó Stewart.

La inglesita, tan mona ella con su jersey calado negro y su tentador *minishort* blanco, acababa de plantarse de un salto junto a la pareja de beligerantes.

—¿Puedes solo, americano?

—Está chupado, pequeña.

Y le estaba pegando otro tirón al tobillo del enorme sujeto y éste estrellaba nuevamente la testuz contra la carrocería, casi abollándola.

—¿Tenía o no tenía razón, espía al servicio de su graciosa Majestad? ¿Te seguía o no te seguía este tipo?

—Pregúntaselo a él, ¿no?

Otro tirón, otro cabezazo, y:

—¡Eh, tipo! ¡Es a ti! ¿Seguías o no seguías a esta chica tan mona que trabaja de espía en sus ratos libres?

Samantha le puso el cañón de la *Parabellum* al gigante empotrado en la sien.

—Quieto, tipo. Vamos a dejar que se levante el americano, ¿te parece?

Y el americano se levantó. Recordando que otros tipos como aquél, que trabajaban para el mismo jefe que aquél, lo habían puesto a gusto apenas integrado en la población flotante de Beirut.

—Gracias, chica mona.

Luego le aplastó el puño en la nuca, haciéndole «comer» de nuevo carrocería. Por último le obligó a girar y le metió un rodillazo entre las ingles que dobló al tipo en seco gemido.

Pero sin que perdiera el conocimiento.

Un punterazo como fin de fiesta que le puso la morrera chorreando sangre por nariz y boca.

—Tío, tengo prisa. ¿Se nota, no? Así, que al grano. ¿Quién te paga por seguir a la inglesa?

Silencio.

Boca sangrante apretada con fuerza, con rabia diríase, hasta componer una explícita línea roja.

El punterazo número dos estalló en el tórax del mastodonte. A otro de más normal, tan violenta andanada le hubiera hecho estallar un pulmón.

Lauren efectuó la pregunta de otra manera:

—¿Trabajas para JUSTICE, no?

Silencio.

—¡Te voy a, destrozar la jeta, cabrito! —se empezó a desesperar el pelirrojo.

—Tranquilo, americano, tranquilo —le calmó Samantha. Añadiendo ron enfática entonación—: Creo que en la guantera de mi coche llevo un poco de cerdo. Gallufo, ¿comprendes, amigo? Seguro que te encantará probarlo.

—¡No...! ¡Por Alá que no! ¡Eso, no! —Largó al fin.

—Entonces, amigo, contéstale al americano.

—Sí, sí... —Con el revés de la diestra se limpió la sangre que le manaba por la boca.

—¿Es JUSTICE quien te ha encargado vigilar a la chica?

El tipo, de súbito, empezó a masticar algo.

—¡Eh... no! —exclamó Stewart—. ¡Eso no, mal nacido! —Y se tiró encima del gigantón, tratando de separarle las mandíbulas.

Tenía aquel fulano la izquierda a su espalda. Y con los dedos atrapó el mango del cuchillo que llevaba entre aquélla y el pantalón.

Sacó la mano con velocidad de vértigo y el acero centelleó unos instantes, al recibir la claridad solar.

Luego, la mano subió hacia la garganta del pelirrojo.

Samantha Berger no tuvo opción.

Ni de pensárselo tan siquiera.

¡Bang! ¡Bang!

Cuando Lauren inició el salto, hubiera sido tarde... de no darse la circunstancia de que los dos proyectiles expulsados por la *Parabellum* de la chica le alzaron al fulano la tapa de los sesos como si fuera un melón.

En tajadas.

Saltaron chorritos de sangre y escupitajos de masa encefálica que salpicaron directamente la cara del americano.

—¡Puaf...! ¡Vaya porquería!

Y se restregó la jeta, limpiándola. Añadió:

—Podías tener más cuidado, ¿no te parece?

—¡Oh, perdona! Es que me ha parecido que iba a coserte a navajazos... No lo volveré a hacer.

—Vale, vale. Gracias. Me has salvado la piel.

—¿Por qué te has tirado sobre el tipo? —inquirió Samantha.

—Por... —Lauren miró aquella cabeza sin tapadera, aquellos ojos que parecían dos pedazos de cristal ausentes, aquel rostro doblado a la izquierda y cubierto de sangre—, porque estaba masticando una píldora envenenada. Mira... —Haciendo de tripas corazón le separó, cómo pudo, las mandíbulas—, mira esto... —desorbitó los ojos—. ¿Eh...?

Dentro de la boca del tipo no había el menor residuo que apoyara la teoría del pelirrojo.

—¿Qué masticaba? —preguntó, burlona y con expresión de chica cándida la inglesa.

—¡Mierda! ¡Me la ha jugado! Pensó que yo pensaba que estaba...

—Picaste y por poco te rebana el gaznate, novato. Ya te he dicho que en Beirut.

—A tus pies, princesa. Soy tu humilde esclavo. Frota la lámpara y formula el menor deseo para que yo lo cumpla.

—No pretendía humillarte, americano. Y ahora, vámonos. En el fondo tenías razón, ¿no? Estaba supervigilada.

—Me sabe a poco. Este menda podría habernos dicho algo.

—Nada que no supieses ya, Stewart —razonó ella, con lógica—. ¿Qué hubieras adelantado escuchando de sus labios que trabajaba para JUSTICE? Eso ya lo sabemos.

—Sí... Pero...

Registró las ropas del fiambre. Y dijo, tras ojear unos documentos:

—Se llamaba Soleimán Mohe.

Samantha curvó sus bellas facciones en rictus irónico:

—Tanto gusto, Soleimán.

—Vámonos... —Se puso en pie, tirando los papeles al suelo.

El apartamento estaba ubicado en Ras Beirut.

Un ático.

Pequeño, pero coquetón. Femenino. Amueblado con gusto. Como correspondía a una chica mona.

Lauren se dejó caer en una de las butaquitas del *living*.

—¿*Whisky*?

—*Bourbon* con hielo, por favor. Soy un sibarita. Americano, ¿sabes?

Fue al mueble bar, sin hacer comentarios, y regresó con las bebidas.

El pelirrojo tomó el vaso que ella le tendía y sorbió un traguito.

Con los ojos a ras de cristal, miró a la hembra.

—Eres fascinante, prenda.

—No lo sabes bien...

—Pero en el fondo me desconciertas. No eres tan fácil como yo creía al principio.

—Me vas. Lauren. Pero eso no quiere decir nada. No es amor...

si es en eso en lo que estabas pensando.

—No he venido a Beirut a enamorarme —sentenció él.

—Lo celebro, americano. Tampoco entra en mis cálculos. ¿Tienes que hablar con tus jefazos?

Apuró el *bourbon*.

—¡Ya estamos barajando el placer con los negocios! ¿Para qué? No tengo nada que decirles, que yo sepa.

—Lo de esa chica israelí... Verónica Whisental.

—Importa poco en Washington lo que le haya sucedido a la muchacha. Ellos están pendientes de otras cosas. Fisher me habló de Verónica en términos aleatorios. «¡Ah...! encuentre también a la chica si está viva todavía». Eso me dijo. La he encontrado y no está viva. A ellos es JUSTICE quien les importa. A ése quieren que matemos para que no les complique más las cosas. Ya te he dicho mi opinión.

—Y yo la mía. Soy solidaria contigo... Pero no debemos olvidar por eso que también a nosotros nos interesa que JUSTICE desaparezca.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Lo admito, sí. Es una pura cuestión de seguridad personal. Nosotros representamos para él los imperialismos que odia. Cuando hayamos cumplido nuestro rol, nos eliminará... si le dejamos, claro. ¿No me has dicho que eres experta en caracterizaciones?

—Y lo mantengo.

—Vete pensando algo para aparecer por el Korintio.

—¿Va bien de marino que busca enrolarse?

—¿Con esos pechos, linda? ¡Por Dios, que no cueles!

—Déjate de bobadas —se mosqueó la inglesa. Matizando—: He conseguido apariencias inverosímiles. Una vez convertida en marinero, ¿qué debo hacer?

—Quedarte con la copla de todo lo que pase en el tabernucho. Si contacto con el emisario de ese loco, le pediré que me lleve a su presencia.

—¿Y si se niega? —apuntó Samantha.

—Le diré que tengo instrucciones concretas de pactar solamente con JUSTICE.

—¿Te sigo, entonces?

—Queda a tu criterio, según se desarrollen las circunstancias.

—Bien. ¡Ah! soy experta en algo más.

—¿Otra vez barajando el placer...?

—¿Siempre piensas en lo mismo, americano?

—Cuando estoy con una hembra como tú, casi siempre. ¿Decías?

—Me defendiendo en cuestiones electrotécnicas, Lauren.

—¿Y...?

—Me permitirás que te inyecte una lámina de una aleación especial, apenas tres milímetros de espesor...

—¿Inyectarme una lámina? —se sorprendió, mirando a la chica como temiendo que se estuviese burlando de él.

Samantha captó el explícito interrogante que había dejado Lauren en el aire.

—Hablo en serio, muchacho. Se le llama inyectar al proceso que consiste en introducir esa lámina de manera subcutánea. No produce el más mínimo dolor y es difícilísimo que el enemigo pueda localizarlo. Emite una señal en frecuencia estable que alcanza diez kilómetros de radio. Yo, si por cualquier contingenciauviésemos que separarnos, recogeré la señal en mi polvera. Mira...

Alcanzó un bolso de piel con larga asa, deportivo, que colgaba del respaldo de una silla y extrajo la polvera, mostrándola a Lauren.

—No veo nada.

Retiró, con el espesor de su uña, el espejito, haciéndole venir abajo. Detrás de éste y encajado en la tapadera, apareció algo curioso, digno de verse: era como una reproducción a escala minúscula, de la pantalla de sonar de un submarino.

—¿Y ahora...?

—Perfecto, linda. Y cuando tú aparezcas, ya me han cortado en rodajas, ¿verdad?

—Esperemos que no. Me sabría mal que te murieses sin haber hecho el amor contigo.

Lauren Stewart miró su reloj de pulsera. Y alzando los ojos al cuello, susurró:

—Con permiso, señor Fisher. Ya sé que no debiera... ¡pero esta súbdita de su graciosa Majestad está tan apetitosa! Y le debo la vida... ¿de alguna forma debo recompensarla, no?

—No te justifiques, fariseo. Me apetece...

—Un modo muy brusco de decírmelo. Le quitas interés, proyección... Deseaba rendirte primero.

—¿Más, canalla? ¡Si me tienes ardiendo!

Cuando el sujetador cayó en tierra y tomó los pechos de Samantha, ardían.

Ella se debatió con desesperación al contacto de los labios de Lauren en sus senos.

Se le nublaba la vista...

—Te deseo, americano... —gimió.

CAPÍTULO VII

Decidió ir andando hasta su punto de destino.

Como el que da un paseo.

Con la diferencia de que allí, ahora, un paseo no era respirar aire puro y solazarse.

Un paseo allí, ahora, era caminar escuchando el batir frenético de los cascos de los caballos de los cuatro jinetes... especialmente del jinete horrendo de la guerra y la destrucción.

Todo el entorno se había trocado en un espectral lienzo de horror.

Lauren, pese a los muchos problemas que le enturbiaban el coco, pensó en la tremenda estupidez de ser humano. En el uso absurdo que hacía de los dones y poderes que la Creación le había conferido.

¿Inteligencia del hombre? ¿De qué...? ¿Para qué?

Muerte. Ruinas. Escombros. Miedo... Destrucción, sí.

Miles de hombres, mujeres y niños, sin hogar.

¡Pobre Beirut! ¡Triste Beirut! ¡Desolado Beirut!

Cientos de cadáveres que permanecían entre los escombros o flotando sobre ellos en pleno estado de descomposición y que amenazaban sembrar la ciudad con peligrosas epidemias. Tifus, cólera... Porque las ratas, agente transportador de aquel tipo de contaminaciones, campaban a sus anchas en los continuos e improvisados vertederos de escombros (muertos incluidos) en que se habían convertido las calles de la capital del Líbano.

«Bien mirado —pensó—, la vida es una mierda».

En efecto. Para vivir según de qué manera y en según qué condiciones, valía más morir o no haber nacido.

Lauren, mientras continuaba su avance por entre el laberinto espectral, caótico, en que las bombas y los cañones israelíes habían convertido Beirut, pensó también, que aunque él pasara y mucho de sus jefes, lo que sí estaba claro era que si no acertaba en el éxito de

su misión quizá medio mundo se convertiría, pronto, en un calco de Beirut.

¡Sólo faltaba el cabrito de JUSTICE! ¿Qué narices pretendía aquel tipo? ¿Era verdaderamente un defensor a ultranza de la causa palestina... o sólo un avispado pescador que pretendía encontrar sus ganancias personales en aquel río revuelto?

Y... ¿dónde podía hallar al fulano que se hacía llamar JUSTICE y que sin encomendarse a Dios ni al diablo había volado medio Tel Aviv?

En Korintio podía... o debía estar la respuesta.

Ya había anochecido.

Las patrullas de soldados israelíes merodeaban con mayor profusión que durante el día y andaban por las calles con un mosqueo de cojones... Y con éstos por corbata en la inteligencia de que en cualquier esquina podía surgir uno, o dos, o más francotiradores haciéndoles blanco de una cerrada descarga por sorpresa.

La tensión, obvio, se palpaba en el ambiente.

Hasta en el aire invisible.

De manera instintiva, el pelirrojo espía estadounidense, se palpó junto al riñón izquierdo para asegurarse de que entre éste y el pantalón llevaba el Colt del 38.

A lo peor no le daban tiempo, llegado el caso, ni de rozar la culata. Pero reconfortaba el hecho de saberse con un arma a mano.

Por los alrededores del puerto reinaba cierta animación... cierto movimiento. Es un decir, comparando aquella zona con el resto de la city.

También, y de una manera instintiva, deslizó la yema de los dedos por encima del antebrazo derecho, junto a la muñeca, justo en el punto donde Samantha le había colocado la laminilla de marras.

Buena chica la inglesita, sí.

Y deliciosa en el amor.

Placer aparte, que ella se lo había proporcionado y mucho, Lauren, el enamorado del amor, o mejor, el hombre que se reía del amor... imaginó con un escalofrío que podía llegarse a enamorar de Samantha.

¿Desde cuándo se le ocurrían a él semejantes pensamientos?

Esos y otros se desvanecieron al punto cuando su nariz aspiró los efluvios que surgían del tabernucho. Aquello apestaba y hasta cierto punto era lógico. Porque apestaba la ciudad, apestaban sus habitantes y tenía que apestar, por fuerza, Korintio.

Aunque entendió que allí el ambiente apestaba siempre. En guerra y en paz. De día y de noche.

Echando una ojeada al personal la explicación estaba clara.

¡Hombre! ¡Aún quedaban furcias por el lugar! Porque las tres tías que merodeaban por allí dentro no habían ido a Beirut, como sor Patricia, a reconfortar almas. Aquéllas, más bien reconfortaban cuerpos. Aunque... ¡hacían falta ganas!

Algún que otro marino... incluido uno de muy especial, uno que olía a Samantha Berger, y que estaba acodado en el mugriento mostrador con una cachimba entre los labios.

¡Vaya con la inglesita!

Se lo montaba bien la niña, ¡sí, señor! Le daba el pego al más pintado.

—¡Hola, marinero! ¿Buscando trabajo?

—¿Y a usted qué puñetas le importa?

Lauren, por lo bajo, gruñó:

—Grosera. Esas palabras no están bien en una boca femenina y por más señas, británica.

—¿Viene buscando camorra, amigo?

—¡Oh, no, nada de eso! Bastante agitado está el panorama. Sólo pretendía charlar con alguien. Pero si le molesto...

Los siete u ocho clientes que estaban desparramados por las mesas consumiendo lánguidamente sus bebidas, no prestaron la menor atención al incoherente diálogo de los desconocidos. Todos allí, entre ellos, parecían desconocidos. Eran gente que pasaba de todo. Pero no porque fueran pasotas, sino porque su íntima condición les había hecho pasar de todo desde el momento de nacer.

Gente de baja estofa, barriobajera, que aún en aquellas circunstancias, en las reinantes en Beirut, estaba ajena a lo que sucedía a su alrededor. Como si no fuera con ella. Como si ya fuese suficiente el problema de la supervivencia a que se veía sometida de continuo, como para preocuparse por otras cosas. Posiblemente también su marginación la apartaba de los problemas políticos,

sociales, o bélicos como en aquel caso, que se sucedían en su entorno.

Marginados, sí. O quizá... auto-marginados. Éste era un punto que todavía no estaba muy claro.

—No es que no moleste —largó por un lado de la boca Samantha, bajo su marinero camuflaje—, pero me fastidia la charla vacía. Tengo problemas y pretendo pensar en ellos a solas. ¿Entiende?

—¡Digo! —exclamó Lauren. Y echándole un vistazo al fulano calvo, grasiento y con cara de mala leche que se movía, muy vago él, por detrás del pringoso mostrador, largó—: ¡Eh, tú...! ¿Sirves o qué?

El tipo se vino para él.

—Me parece que usted no entiende, extranjero —hablaba un inglés chapurreado—. Si ha venido a molestar, váyase a tomar por...

—¡Eh, eh, para! Lo primero que aprendéis de mi idioma son las guarradas, ¿verdad? Yo, cara cochina, de marica, ¡nada! Eso, a lo mejor, tu padre. Y a ti te debió «hacer» un amigo de confianza por encargo de él, ¿no?

El tipo levantó una de sus manazas cerrada en forma de puño amenazador.

Lauren no hizo más que faltar la posible andanada y poner la palma de su diestra en la jeta del camarero empujando con fuerza hacia atrás.

El grasiento calvo estrelló la espalda en la protección de madera, a base de listas, que tapaba la pared.

—¡Quieto, nervioso! —intervino el marinero de la cachimba, sujetando a Lauren.

—¡Piano, lobo de mar! —protestó el pelirrojo—. Ese tipo ha insinuado que yo...

—Invito a unas copas y que se olvide la cuestión... —apuntó el marino.

El calvo, guarro y macilento, se encogió de hombros.

—Por mí...

—¡Así me gusta, muchachos! ¡Así...! Si hubieseis andado por los océanos, desafiando viento y tempestades, sabríais...

—¿Andado? —Arqueó las cejas, coñón él, el pelirrojo—. Será

navegando, ¿no?

—Hablo en el argot de la mar...

—¡Ah! El argot de la mar.

—¿Te callas?

Se encogió de hombros y siguió el marino:

—Si hubieseis andado por las aguas, decía, sabríais que nada hace más amigos, más hermanos, más solidarios a dos hombres, que una pelea en el momento de conocerse. Ahora, pues, antes de las copas, quiero ver cómo os dais las manos.

—¡Yo a que te daña a ti, marinero de pega! —rezongó Lauren por bajines, estrellándose contra el pecho del de la cachimba, que no era viril ni mucho menos, claro. Pero sí firme, sí ardiente, sí pétreo, sí delicioso... Era un pecho, dos pechos para ser más exactos, que en tono quedo susurraban: «Refriéganos, Stewart, refriéganos». O se lo pareció al pelirrojo que susurraban eso. Él lo hizo, sí. Se refregó más y más y mucho más. Y dijo después, en tono quedo, como muy enfadado—: ¡Hacerme estrechar la mano de ese cerdo!

—Si me das otro achuchón, americano... te juro que me despeloto de medio cuerpo para arriba.

—¡Venga esa mano, cantinero!

El macilento le tendió las flácidas morcillas que tenía por dedos.

—¡Y esas copas! —gritó el marinero.

Las sirvió.

—¡Joder! —exclamó Lauren.

—¿Pasa algo? —preguntó el camarero, mosqueado.

—¡No, hombre! Este maldito calor... Aquí, digo yo, debemos tener por lo menos 40 grados a la sombra.

Grasiento abrió mucho las cabezas de alfileres que perdidas por dentro de las órbitas tenía en plan de ojos. Inquiriendo, con acento ligeramente trémolo:

—¿Cómo has dicho?

—¿Eres sordo, tío?

—No. Pero me ha hecho gracia eso...

—He dicho, cantinero, y no le veo la gracia, que en este maldito país hace un calor de mil demonios... ¡40 grados a la sombra, por lo menos!

El que tenía los ojos como dos puñaladas en un tomate y entre la

piel y el hueso kilos de manteca, exclamó, en voz alta, como si pretendiera que alguien le oyese:

¡Qué gracia, oye! ¡Qué gracia...! ¡40 GRADOS A LA SOMBRA!

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo ha dicho, extranjero?

Era una nueva voz la que había intervenido en aquella absurda conversación.

Lauren ladeó la cabeza para captar la cara del menda.

Se trataba de uno de los tipos que estaban dormitando, o fingían hacerlo, cuando él asomara en el Korintio, con la cabeza recostada en una mesa y la botella delante.

Uno de aquellos marginados que ahogaban sus preocupaciones entre los vapores del alcohol.

O eso parecía.

Había brincado como una bala, poniéndose al lado de Stewart después de oír el comentario de aquel acerca de la temperatura reinante en Beirut.

—¿También te ha hecho gracia, fulano de tal?

—¿Cómo ha dicho? —insistió el otro, impertérrito.

—40 grados a la sombra. Y ahora, ¡méate de risa!

—¿Quiere tomar un vaso conmigo?

—¿Y por qué no tomas tú del que ha invitado aquí, mi amigo, el marinero? ¡Tú, camarada barman, otro vaso en el mostrador!

—Espere —le detuvo el tipo—. Espere, amigo. Soy experto en temas de... calor, ¿comprende? Venga a mi mesa, ¿eh? Discutiremos sobre los... 40 grados a la sombra que hace en Beirut.

El americano cruzó una fugaz mirada de inteligencia con el supuesto marinero de la cachimba. Anunciando.

—Seguid bebiendo vosotros, compañeros. Yo... voy a discutir asuntos de grados aquí con este amiguete. ¡Hasta luego, pareja!

Fue a la mesa con el teórico marginado.

—¿Por qué... 40 grados a la sombra?

—Porque es la temperatura que me ha parecido que reinaba por el día. ¿A qué viene todo este cuento de que tú entiendes de temas

de calor, eh? Te he seguido la corriente por no armar bronca, ¿sabes? Y ahora, paísa, las cartas boca arriba. ¿A qué juegas?

—¿Vienes de Washington? —preguntó el otro, siguiendo con su propia coherencia, ignorando las posibles amenazas que encerraban las preguntas del americano, o indiferente simplemente porque se sentía seguro de sí, porque se sabía a salvo.

—Sí.

—¿Con un mensaje de George Shultz... para alguien?

—O. K. ¿Y...?

Se puso en pie y dijo:

—Vámonos.

Lauren Stewart ni se movió ni se inmutó.

—Piano, amiguete. Contigo, ni a mear.

El otro le miró fríamente. Anunciando:

—JUSTICE.

—¡Ah, caramba! Eso son palabras mayores. ¿Dónde dices que vamos?

—Sígame.

Puso rumbo a la calle.

El marinero de la cachimba —Samantha Berger—, que parecía seguir dialogando con el estúpido de detrás del mostrador, pero que en realidad no se perdía detalle de los movimientos de Stewart, le vio abandonar el tabernucho en pos del que les había interrumpido.

Estaban en la calle.

—¿Es muy lejos eso, amigo?

No le contestó. Limitándose a señalar la oscura carrocería de un coche negro, aparcado como a veinte metros, que se confundía con las negruras de la noche.

Lauren, echando una ojeada al tipo, vaciló unos instantes y luego echó a caminar.

Una cabeza que contenía una cara linda, una mancha de hermosura en la noche aciaga de Beirut, asomó por la ventanilla trasera.

—Hola, Lauren.

—¿Quién te ha dicho mi nombre, bonita?

Por respuesta se abrió la portezuela.

—¿Quieres subir...?

—¡Aunque me lleves al infierno!

Ella se había corrido hacia el otro extremo para dejar sitio al pelirrojo. Lauren agachó la cabeza y se introdujo en el vehículo, acomodándose junto a la preciosa hembra.

—¿Mucho calor, verdad?

—Como 40 grados a la sombra.

—¿Cuál es la respuesta de Shultz?

La miró. Era hermosa como ella sola. Atractiva. Excitante. Plena de sexualidad. La corta faldita dejaba al descubierto una generosa porción de sus muslos macizos. El amplio escote del jersey veíase desbocado por el contingente pleno de unos pechos agresivos, voluptuosos.

—Piano, prenda. ¿Quién eres tú?

—No importa. He venido a recoger una respuesta.

—Y yo a tratar con un tipo que se hace llamar JUSTICE.

Ni siquiera tengo garantías de que trabajes para él.

Los ojos profundos, misteriosos, de Carrie Sukowa, chispearon en la oscuridad con extraños destellos.

—No estás en condiciones de exigir, americano.

—Tengo instrucciones muy concretas de tratar solamente con JUSTICE.

—¿Y si te dijera que yo... soy JUSTICE?

—¡Por favor...!

—No seas estúpido, americano. Hay muchas vidas en juego. ¿Qué ha decidido míster Shultz...?

—Míster Shultz no lo sé, pero yo he decidido... —Lauren, de súbito, se fue sobre ella y la estrechó fuertemente.

Carrie Sukowa descargó fuertes —de acuerdo con su naturaleza —, puñetazos contra los fornidos hombros del agente americano.

—Pelea, gatita, pelea. Eso me enerva...

—¡JUSTICE te matara por esto!

—¿No me has dicho que tú...? —Y siguió apretándola contra él.

Los puñetazos cada vez fueron más débiles.

Lauren se adueñó de los labios ardientes de Carrie y los saboreó con fruición. Ella quería huir al beso pero, de súbito, la lengua le quedó atrapada con la del pelirrojo, que caracoleaba por el femenino paladar. Nada hizo Carrie, ahora, por romper aquel entramado. Al contrario; se fue relajando...

—Te matará, americano... Te matará.

—¿De veras?

Un profundo suspiro se escapó de la garganta femenina:

—Sí.

Fueron pasando los minutos y el clímax de la pasión se adueñó del interior del vehículo. Carrie jadeaba al arrullo de las caricias del hombre sin objetar lo más mínimo a la semi desnudez que él le había impuesto.

Lauren estaba volcado en los pechos ardientes de la mujer, escuchando el acelerado latir del corazón de ella. Se olvidó de todo al sentirse terriblemente excitado.

—Mil... —jadeó Stewart.

—¿Mil qué, amor?

—Mil grados a la sombra...

—Sigue...

Inclinó más la cabeza.

Y así, al fulano que había abierto sigilosamente la portezuela del vehículo, le resultó de lo más fácil del mundo estrellar una pequeña cachiporra en la nuca del americano.

Soltó un gruñido.

Cabreado porque los tibios senos de Carrie se perdían por la espiral de tinieblas cuyo pasillo él visitaba por segunda vez.

El marinero observó por el rabillo del ojo la reaparición del mugriento que decía entender en cuestión de grados a la sombra.

Y no le gustó.

El camarero le dio un codazo.

—¿Otro vaso, viejo lobo de mar? Ahora invito yo, ¿eh?

—Bueno... —Pero su atención seguía centrada en el fulano.

Bebieron.

Samantha dejó transcurrir como media hora y le preguntó al guarro del mostrador dónde estaba el WC.

—Aquella puerta del fondo —y extendió una de las morcillas que tenía por dedos.

¡Vaya hedor!

¡Y cómo flotaban las moscas por encima de los excrementos que desbordaban la taza!

Hubo de hacer de tripas corazón y sacarse los dedos de la nariz para hurgar en un bolsillo del tabardo, extrayendo su polvera. La abrió, buscando aquel diminuto panel donde debía registrarse la

posición que detectaba la lámina introducida en el antebrazo de Stewart.

Y sus ojos se agrandaron enormemente, porque la lucecita que teóricamente debía brillar en aquella imitación de la pantalla de sonar de un submarino, en miniatura, brillaba, sí... ¡pero por su ausencia!

Exhalando un ronco gemido salió del pestilente cubículo como una exhalación.

Aquel hecho no presagiaba nada bueno, no.

Y sí confirmaba sus teorías acerca de la inteligencia y peligrosidad de JUSTICE y de la organización que presidía. Samantha Berger, la bella inglesita captó con toda su magnitud el letal significado de que la luz que debía señalizar la situación de Stewart no se reflejase en la pantallita... supo entender que la vida del pelirrojo corría grave riesgo.

Pero le quedaba una opción.

Una sola, sí...

Justo cuando asomó a la taberna, pudo captar la silueta del tipo que se iba a la calle.

Echó a correr tras él.

—¡Eh, viejo lobo de mar! —chillaba el camarero—. ¿Es que no vas a acompañarme...?

El supuesto marino ya estaba en la calle, tras las huellas del entendido en temperatura quien, presuroso, remontaba la acera, torciendo a la derecha.

Giró veloz, casi dándole alcance.

Apenas si brillaba en aquel tramo la luz mortecina de un par de farolas.

—¡Eh, amigo!

El tipo se revolvió con precauciones.

—¿Qué pasa? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres...?

—Estaba en la taberna, ¿recuerdas? Bebiendo con el americano.

—¿Qué americano? ¿De quién me hablas?

—No te hagas el loco, amigo. El de los 40 grados a la sombra.

—¡Largo o te rajo! —Exhibía una navaja.

Samantha esperaba algo parecido y estaba preparada para repeler cualquier agresión.

Hizo una finta en el aire y su pierna izquierda salió disparada,

estrellándose contra la muñeca del marginado que empuñaba la aguda y enorme navaja.

—¡Aaaaaaag! —Ladró el tipo, dada la violencia del impacto.

—¿Sabes de quién te hablo?

—A lo mejor lo sé yo, viejo lobo de mar —dijo una voz a su espalda.

Samantha Berger era mujer. Y hermosa. Y deseable. Y británica... entrenada por el MI 5 para matar cuando fuese necesario. Para matar con una sonrisa en los labios.

Eso lo ignoraba el que tenía detrás.

Ignoraba, incluso, que fuera una mujer.

El viejo lobo de mar se revolvió, centelleante. Mordiendo con fuerza la pipa que sostenía entre los labios. Y a consecuencia de la fuerza con que hincó sus menudos y nacarinos dientes, alzóse el lateral exterior de la cachimba, dejando huir a velocidad de vértigo un pequeño y casi invisible dardo.

En la oscuridad, invisible.

Tanto como envenenado.

Fue a clavarse en la garganta del tipo.

Un fulano grandote, de cabeza pelada al cero, que no pudo ni largar un lamento, una exclamación de sorpresa. Cayó atrás pesadamente, sin saber cómo y por qué moría.

Quién había contactado con Lauren en el tabernucho, quiso aprovechar aquellos segundos de aparente indecisión del marino, contemplando la caída de Smoke, para huir.

Samantha reaccionó lanzándose en plancha para aferrar al otro por los tobillos, haciendo que estrellara sus facciones contra las piedras.

Lanzó un aullido de dolor.

La chica se fue arriba para saltar encima de las costillas del tipo que oyó crujir bajo sus pies. Un segundo berrido atronó el silencio esguinzando las tinieblas como si se tratara de un rayo de luz.

Le puso un pie en la nuca, inclinándose para atraparle un brazo por la muñeca e iniciar una dolora torcedura a la izquierda. Aumentó la presión y el marginado profirió un tercer alarido de rabia.

—Te partiré los brazos, las piernas... te mutilaré, pero seguirás viviendo.

—¡Nooooo!

—¿Qué ha sido del americano?

—Me... ¡me matarán!

—Yo te dejaré inútil, pero vivo. Y sufrirás dolores horribles. Eso es peor, basura. Por última vez: ¿dónde está el americano?

—Se... se lo ha llevado la mujer.

—¿Qué mujer...? —Aumentó la presión—. ¡Habla, engendro de puerca!

—¡Carrie...!

—Sigo sin entender tu lenguaje, amigo.

—¡La amiga del jefe...!

Otro giro al brazo, y:

—Hablas en clave y no tengo la traducción... ¡adiós, brazo, camarada!

—¡Noooooo! ¡Te lo diré todo! ¡Todo lo que sé! ¡Lo juro...!

Aflojó la presa.

—Escucho. Pero procura que pueda entender lo que dices, hermano.

—Carrie Sukowa es la amante y el brazo derecho de Yusuf Bel Kadder.

—¿Yusuf...?

—JUSTICE... —se apresuró a decir el tipo, temiendo que quien él suponía un viejo lobo de mar curtido en mil y una tempestades le hiciera el brazo astillas—. ¡El que ustedes conocen por JUSTICE!

—Ahora vamos mejor... ¿Tú qué pintas en todo esto, amigo?

—Soy uno de los agentes de JUSTICE en el Líbano. Aquí en Beirut le informo de la marcha de los exiliados palestinos. Y le transmito mensajes de ellos.

—¿Cómo te llamas...? ¡Rápido, sin pensarlo!

—Assaf Yadán.

—¿Cómo cursas los mensajes?

Le oyó jadear a causa del dolor que producía la presión por ella ejercida sobre el brazo.

—¡Suéltame... te lo ruego! Seguiré hablando.

—¿Cómo cursas los mensajes? —insistió, intransigente, aumentando incluso la fuerza de la presa.

—¡Con un transmisor-receptor! La frecuencia está fijada de antemano... aunque varié la posición del submarino el mensaje lo

reciben exactamente igual.

—¿Vive Yusuf en un submarino? —Siguió, acalorada y nerviosa, su interrogatorio.

—Pasa parte de su tiempo...

—¿Con el que torpedeó Tel Aviv, no?

—Sí...

—¿Está en él ahora?

—Creo que no.

—¿Crees...? —Y avanzó unos grados el giro de la muñeca cautiva.

—¡Aaaaa! ¡No... no está en el submarino!

—¿Dónde...?

—¡En Kuwait! ¡En su palacio de Kuwait!

—¿Carrie se ha llevado allí al americano?

—¡Sí...! ¡Pero suéltame, por Alá!

—Ahora mismo, hermano —y lo hizo, pegándole un punterazo en la nuca que sumió a Yadan en la absoluta inconsciencia.

Samantha se perdió por las tinieblas de la callejuela a buen tren.

El tiempo era oro.

Cada segundo que transcurría era uno menos que le quedaba de vida a Lauren.

¡Y ella se había enamorado del americano de todos los demonios!

—¡Por no hacerme caso, novato testarudo! —exclamó, dolida, como si él pudiera oírla, recordando aquella frase que ella había pronunciado cuando Stewart, un tanto alegremente, tachaba a JUSTICE de loco... Yo no lo veo así, Lauren. Más bien pienso que es muy inteligente. Y me tomo sus amenazas muy en serio. Veo pueril que se coma esa lombriz de que se va a pagar el millón de dólares por barba. A un hombre como él no se le puede escapar que tu misión es la de ganar tiempo... Eso le había dicho ella, sí. Y repitió en voz alta, como si él pudiera escucharla, si—: ¡Por no hacerme caso, americano de todos los demonios!

Y mientras seguía corriendo hacia su apartamento, se dijo:

—No hay nada más tonto, absurdo y estúpido, ¡que una mujer enamorada! Y enamorada nada menos de un americano de todos los demonios. ¡De un espía americano! ¡Y encima, novato! ¿Por qué vendría yo a Beirut?

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo cuando creyó percibir el registro burlón de Lauren, susurrando:

«—Para hacer el amor a 40 grados a la sombra».

—¡Bobo!

Y siguió acelerando el paso.

CAPÍTULO IX

—40 grados a la sombra... sí —dijo una voz musical, cálida como su propietaria.

Y en el rostro lucía una cándida e insinuante sonrisa.

—Sigo opinando que tu piel hierve a mil grados, bonita de él.

—¿De él?

—Justice... y con minúsculas simplemente —trató también de sonreír el pelirrojo.

—No te creo tan tonto.

—No lo soy, linda.

—Me extrañó que no siendo tonto te abandonases tan pronto a la lujuria. Un espía siempre es un espía, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces pensé que querías dejarte... ¿digamos capturar?

—Digámoslo.

—¿Por qué?

—Porque estoy de un masoquista subido que es la leche, prenda. O a lo peor confiaba en enamorarte para siempre, los espías también somos así... ¡Oye! ¿De qué página de las Mil y una noches ha salido esto?

—Estás en Kuwait.

—¿Y este precioso palacio a la vera del mar es el cuartel general de Justice con minúsculas?

Carrie se inclinó para rozar con los suyos los labios del americano.

—Pensé que tenías un interés mayúsculo y en mayúsculas porque te trajese aquí. Y me pregunté al mismo tiempo: ¿por qué querrá el americano meterse en la boca del lobo?

—¿Y qué te respondiste?

—Porque alguien debe saber adónde le voy a llevar. Pero... ¿cómo? seguí preguntándome, si no lo sabe ni él. Y entonces...

¿ves? —Ella tenía entre los dedos de la diestra una diminuta lámina.

Lauren Stewart, que notaba muy pesado su cerebro y no por el golpe recibido, pero sí, supuso, por la anestesia que posteriormente le fuera inoculada, trató de coordinar. Dio primero un vistazo a aquella estancia, ancha, desenfadada, oriental, maravillosa y cómoda, con un amplio ventanal desde el que se contemplaba la playa y su dorada arena, el mar y sus aguas azuladas, suaves que chocaban en lo alto de crestas espumosas, suaves que acariciaban desde lejos como lo hacían desde cerca los ojos profundos de ella... Trató de coordinar, sí.

¿Y qué iba a coordinar ahora si su precipitación y estupidez le habían dejado indefenso en las manos de Justice?

Sólo le restaba apurar la jugada. El supuesto trato que debía servir para ganar tiempo mientras sus colegas localizaban... ¿A quién iban a localizar?

Volvían a pintar bastos y él seguía sin llevar un maldito triunfo en la manga.

¡Con lo mona y apetitosa que era la inglesita! Y por su estupidez, seguro, no volvería a verla.

Se incorporó en aquella mullida cama en que lo habían tendido y miró a la mujer, tratando de hacerse con las riendas del presente al tiempo que olvidaba el pasado.

—¿Cómo te llamas? —Era por preguntar algo mientras le daba una tregua al magín y buscaba la remota posibilidad de urdir un plan—. No recuerdo que me dijeras tu nombre...

—Carrie Sukowa.

—¿Diste tú con la laminilla?

—Yo, sí.

—Chica, lista, desde luego.

—Todos los que rodeamos a JUSTICE lo somos.

—¿Dónde está él?

—Paciencia...

Entonces se abrió la puerta. Dos tipos mastodónticos flanquearon el umbral para salvaguardar honoríficamente el acceso de su amo, dueño y señor.

Oriental él.

Misterioso.

De personales y penetrantes ojos verdes.

Altivo y despótico.

—Me llamo Yusuf Bel Kadder... —se presentó, pausadamente. Quiso saber—: ¿Ha descansado usted bien, míster Stewart?

Lauren le auscultó en profundidad con una mirada intensa. Hubo de reconocer que se trataba de un hombre diferente a los demás. De un loco distinto a todos los demás locos. Con mucha clase y calidad. Muy peligroso.

Samantha estaba en lo cierto: inteligente al máximo y muy peligroso, sí.

¿De qué iba a valerle constatarlo ahora?

—¡No lo sabe usted bien, señor Yusuf! Bueno... —le sonrió burlón—, no sé cuál es el tratamiento correcto... ¿Míster, señor, emir, jeque? No entiendo mucho de jerarquías kuwaitíes. Pero usted me perdona, ¿verdad?

—Admiro su sentido del humor, su entereza... aun sabiéndose a un paso de la muerte. Ustedes, los americanos, son como en las películas. Como niños, nunca se lo toman en serio. ¡Dejadnos solos! —Hizo un gesto hasta cierto punto más despectivo que autoritario y tanto Carrie como los mastodontes salieron de la estancia. El poderoso y multimillonario jeque kuwaití, aquel defensor febril de la causa de Arafat, tomó asiento en una otomana que había frente al lecho en cuyo borde estaba acomodado el pelirrojo. Y preguntó, sin mayores divagaciones—: ¿Cuál es su misión concreta, míster Stewart?

—Traerle la respuesta que pedía en su comunicado a nuestro secretario de Estado.

Sonrió el árabe fríamente.

—Lo sé. Sé que usted va a decirme que no se puede ya paralizar el éxodo palestino y... y en consecuencia su Gobierno accede a la transacción crematística; que los Estados Unidos de América se avienen, pacíficamente, a pagar ese millón de dólares por cada palestino exiliado. Y me dirá, a continuación cómo quiero que se lleve a cabo la entrega. Y dónde.

¿No es así?

—Es, sí.

—Y todo ese trasiego llevará un tiempo, ¿verdad?

Lauren le sonrió, anunciando:

—Yo le contestaré que «verdad», y usted me dirá que mi Gobierno pretende ganar tiempo mientras otros agentes tratan con la mayor urgencia de localizar a Justice y...

—Matarme. Exacto, míster Stewart. Me han subestimado y eso me ofende. ¿No pensaba usted lo mismo en mi caso? ¡No, no me lo diga! Le advertí al secretario de Estado que no intentasen jugar conmigo porque las consecuencias serían lamentables. Lo van a ser, míster Stewart. Ronald Reagan tiene ya, desde este preciso instante, las horas contadas, los minutos... diría yo. Pensaba empezar por Menahem Begin, pero... pero me siento tan ofendido, tan indignado, frente a la burla pueril y estúpida de que ustedes han tratado de hacerme víctima... ¡Muy propio de un país que tiene un vaquero por presidente! Voy a eliminarle, sí. Y a los otros que citaba en el texto. Quizá ello no sirva para elevar a las cotas de dignidad que se merece la causa palestina, pero sí para limpiar las poltronas presidenciales de Occidente de tanta podredumbre como se asienta sobre ellas. —Se puso en pie con aparatosa dignidad y dijo—: Lamento que nos hayamos conocido en estas circunstancias, míster Stewart. Entiendo que usted no es más que un pobre asalariado del...

—¡Oiga, jeque! —Alzó la diestra, acompañando la exclamación.

—¿Algo que objetar, míster Stewart?

—¡Hombre...! Me jode tanto que me vaya usted a liquidar. Un hombre en mis circunstancias debe tratar de negociar sobre su pellejo. ¿No le parece lógico?

—Sigue siendo como un niño... ¡Adiós! —Y le hizo un reverencioso saludo oriental.

Y le volvió también la espalda.

Lauren Stewart, el pelirrojo norteamericano novato del GED, pensó una cosa y la pensó a velocidad de vértigo.

Pensó que posiblemente el éxito de los americanos consistía precisamente en convertir, muy a menudo, la realidad en película.

La vida en ficción.

¡Ése era el éxito, sí!

Y como él estaba muerto...

Siguió pensando que Yusuf Bel Kadder también había hecho de la realidad su propia película. Y actuaba como un malvado protagonista de filme de James Bond. Poderoso. Despectivo.

Ignorando a quienes le rodeaban. Sintiéndose muy superior y por encima de ellos. A salvo de cualquier contingencia.

Contingencia que a los otros no se les ocurriría ni imaginar.

Por eso, olímpica y despectivamente, se había vuelto de espaldas de camino hacia la puerta.

Y como él estaba muerto...

Todo eso fue lo que pensó, mientras volaba por los aires como una flecha, aquel americano novato, pelirrojo, espía y ahora temerario que pretendía morir como en las películas.

Tuvo un fugaz requiebro mental para Harvey Fisher: «hijoputa».

Bel Kadder se revolvió haciendo un escorzo.

Y Lauren se estrelló contra la puerta.

—¡Estúpido! ¿Te crees que no lo esperaba?

Dio la vuelta llevándose ambas manos al techo del magín.

—Es usted insultante, amigo, emir, jeque o como mierda se llame. Pero le digo una cosa... —Se puso en pie con dificultad—, ¡ninguno de los dos sale vivo de aquí!

La carcajada del kuwaití fue estridente, ofensiva, burlona y cuantas cosas significasen desprecio hacia el contrincante.

—¡Desgraciado!

—Llama a tus esbirros, cagón. ¿Qué esperas? ¡Si estás temblando de miedo! Todo te lo gastas en palabras.

La mano derecha de quién se había autocalificado JUSTICE se metió entre los pliegues de su blanca e impoluta chilaba, extrayendo un látigo.

—Te voy a desollar vivo, americano.

—¿Pero qué tenéis todos contra los americanos, eh?

—Te arrancaré la piel a tiras para enviársela a tus jefes de la CIA. Así, americano, así...

El látigo restalló en el aire, como muy lejos de Lauren, pero éste sintió un pellizco en la mejilla. Notando al instante cómo la sangre corría por encima de su piel, se le filtraba por los labios, seguía resbalando...

Lo iba a desollar, sí.

Pero como él estaba muerto, ¿qué más daba? Se trataba de retrasar al máximo la ejecución por si se producía un milagro.

Yusuf Bel Kadder volvió a zigzaguear con la mano.

Ahora no, desde luego.

Lauren se hurtó al castigo lacerante esquivando la trayectoria del látigo y surgió ante las fauces del kuwaití, a pecho descubierto, pero con tremenda peligrosidad. Dispuesto a aprovechar al máximo el gravísimo error que estaba cometiendo Justice. El mismo que según él habían cometido los demás gobiernos y el estadounidense en particular: SUBESTIMARLE.

Yusuf subestimaba a Stewart.

Entronizado y ebrio de poder, miraba al americano como el insecticida miraba a la cucaracha antes de pulverizarla.

Por eso le bailó a pecho descubierto.

Y no se anduvo por las ramas en función al hecho trascendental de que se estaba jugando la vida. Le importaba muy poco, ahora, que de su éxito o fracaso dependieran miles o millones de inocentes, Gobiernos y gobernantes... le importaba sólo su vida, y estaba dispuesto a luchar por ella hasta el límite.

Se olvidó de las enseñanzas de academia. Yusuf Bel Kadder también debía ser experto en judo y karate.

Pero no pudo evitar el tremendo patadón que Lauren le clavó, derrochando fuerza y violencia, en los genitales.

El aullido del jeque fue erizante, desgarrador.

Stewart, ciego, no escuchó nada. Porque saltaba como fiera ebria de sangre, machacándole el rostro con puñetazos atropellados, brutales, despiadados, que casi se estorbaban unos a otros, pero que resultaban de una efectividad tremenda.

Yusuf Bel Kadder, bajo la lluvia demencial de puñetazos que le hacían sangrar voluptuosamente y perdido el dominio del látigo, entendió la gravedad de su error. Supo que su aire de superioridad iba a dar al traste con un proyecto perfecto, estructurado y planeado al minuto para que no existiera el menor fallo.

Y le parecía imposible que pudiera irse al garete de aquella forma estúpida, inverosímil...

Lauren le seguía y perseguía en su caída, ignorando las más elementales normas de la lucha, cubriéndole a patadas, puñetazos y acabó por saltar encima de él, de rodar en tierra abrazado a él, mordiéndole con desesperación la garganta.

JUSTICE era un torrente de sangre que le brotaba por las muchas heridas, pequeñas la mayoría, que la inesperada reacción brutal de Lauren había abierto en los sitios más inverosímiles de su

cara y cuello.

¡No podía defenderse!

¡Ni gritar pidiendo ayuda!

El americano lo iba a destrozar, a destrozar literalmente...

Pero fuera debieron notar algo extraño. Sospechar que las cosas no iban bien...

Se abrió la puerta de repente.

Y ella, Carrie Sukowa, se quedó estupefacta al contemplar el torbellino en que se había convertido Lauren Stewart, saltones los ojos grisáceos, encendidos, escupiendo furia y rabia por todos los poros de su piel machacando implacable el cuerpo indefenso, como de trapo, del sangrante Yusuf.

¡Pero...! ¿Era posible aquello que estaba viendo?

Tan asombrada estaba, tan absurdamente asombrada al contemplar a Yusuf Bel Kadder convertido en un amasijo, en un muñón tumefacto... Tan incomprensible le resultaba ver al autoritario, dominador, impersonal, magnético y electrizante Yusuf convertido en una basura, que tardó en reaccionar.

En utilizar la pistola que empuñaba entre los dedos.

—¡Maldito seas mil veces, americano!

Y apretó el gatillo.

—¡Víbora!

Y haciendo un último esfuerzo, alzó unos centímetros el cuerpo maltrecho del kuwaití, lanzándolo con agresiva violencia contra Carrie Sukowa.

Justo en el instante que restallaban los disparos.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Cuatro disparos.

Que fueron impactando uno tras otro, sucesivamente, en la blanca chilaba que cubría la maltratada naturaleza del que un día alimentara la idea de ser líder de los oprimidos palestinos y a la vez, dueño del mundo, dominador de vidas... gobernante impío como aquéllos a los que censuraba.

La sangre, ahora, estalló a borbotones, llegando a salpicar la bella faz de Carrie que, horrorizada, soltó el arma, se llevó ambas manos al rostro, se lo arañó con patética desesperación y bramó:

—¡Noooooooo! ¡Yusuf... Yusuf, tú no puedes morir! ¡Noooooooo!

Y aparecieron aquellos tipos enormes.

Aquellas bestias de carne y hueso que también se paralizaron frente al espectáculo estremecedor, imposible y estúpido para ellos, además, que presentaba Yusuf Bel Kadder en tierra, envuelto en su propia sangre.

Muerto.

Mientras Carrie seguía enloqueciendo, gritando, aullando... hasta que reaccionó, señalando hacia Lauren quien, asustado de su propia hazaña, de su heroicidad, contemplaba a sus enemigos con el látigo en la mano.

Agresivo y hostil, eso sí.

Consciente de que mientras siguiera desafiando a los locos con su misma locura, el éxito estaba asegurado.

Hizo restallar el látigo.

Los tipos se fueron hacia atrás, pero abriéndose en abanico y buscando la oportunidad de caer sobre él.

La ventana...

Era su única salvación. Y sin pensar en la distancia ni en nada, saltó al vacío. Como convencido de estrellarse sobre las mansas aguas de una piscina. Y cuando se estrellaba violentamente contra la arena, sintiendo que ésta le rasgaba la epidermis como si de tela esmeril se tratara... escuchó, como una bendición, el rugir furioso de los motores de un helicóptero cuya hélice giraba desesperadamente batiendo el aire y las nubes que cubrían el interminable palacio de un loco que se había hecho llamar Justice con... ahora que estaba muerto, quizá con mayúsculas. Con las mayúsculas que se merecía el honor postrero de un loco al que nadie le podía negar su audacia, su valentía, su temeridad al desafiar al mundo: JUSTICE.

Un loco que había perecido como la mayoría de los locos: VICTIMA DE SU PROPIA LOCURA.

El helicóptero levantó tupidas y asfixiantes columnas de arena y gravilla al posarse en tierra entre dos palmeras que le habían servido para situarse y que se erguían cercanas al lugar donde Lauren yacía boca abajo, inmóvil, temiendo alzarse y contemplar su vientre abierto, despanzurrado, con las tripas por fuera, la sangre...

—¡Qué asco! —exclamó, al imaginarlo, comiéndose un puñado de arena.

Fue una mujer la primera en saltar de la aeronave.

Que corría hacia el caído, gritando:

—¡Lauren... Lauren...! ¡Americano de todos los demonios!
¿Estás vivo?

Él se revolvió.

—Ven, inglesita, ven. Necesito un boca a boca urgente.

—¿Y JUSTICE...? —Samantha se tiró literalmente encima del pelirrojo y éste la abrazó.

Rodaron sobre la arena, fuertemente enlazados, una y otra vez.

Ante el estupor de los cuatro hombres armados con metralletas de asalto que, uno tras otro, habían ido brincando del interior del helicóptero.

—¡Pero...! ¿Qué significa eso? —preguntó uno de ellos.

—Los extranjeros son así, tú.

Sobre todo los americanos.

—¡Lauren...! ¿Y JUSTICE? —seguía preguntando ella, entre vuelta y vuelta, entre beso y beso.

—Era un pobre loco... Pero inteligente. Tenías razón, espía al servicio de su graciosa Majestad. Muy inteligente. Y ahora, muy muerto.

—¿Tú...?

—Los americanos, prenda, somos igual que en las películas. Verás, preciosa...

Samantha pegó un brinco, zafándose al abrazo.

—¡No...! ¿Eh? ¡Aquí, no, Lauren!

Él se alzó de un brinco, echando a correr tras ella.

—¡Eh, inglesita! ¿Me vas a decir que no, después de que me he jugado la vida por volver...?

Emprendieron una veloz carrera.

—¡No...! ¡Aquí no, Lauren!

—¡Samantha, no huyas!

Y siguieron corriendo por las suaves arenas de la playa kuwaití que daba marco al oriental palacio de Yusuf Bel Kadder.

Como en las películas, sí.

—¡No...!

—¡Samantha...!

Y es que los espías, en el fondo y si todo les sale bien, son como niños.

FIN



ISBN 84-02-02513-7



9 788402 025135

01700

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Hussein fue el primer gobernante que se enfrentó violentamente a la organización guerrillera palestina y la expulsó de Jordania tras sangrientos combates. Fue justamente esa expulsión (setiembre de 1971) la que dio origen a la formación del grupo terrorista palestino «Septiembre Negro». (Nota del Autor). < <

[2] Los submarinos de bolsillo hicieron su aparición por primera vez en Pearl Harbour, durante la Segunda Guerra. Eran entonces de reducidas dimensiones y tripulados por dos o tres hombres. Les movía un motor eléctrico de 100 C. V., de potencia y tenían autonomía para 200 millas. Iban armados con dos torpedos y 150 kg de explosivos. Después de la guerra, en el 54, se estudió la posibilidad de aplicar energía nuclear al submarino. (Nota del Autor). < <